OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO ~ Volumen VI

PASCUAL AGUILERA

EL DONADOR DE ALMAS

BIBLIOTECA NUEVA ~ MADRID ~

RADO
ERVO

RRAS
MPLETA

VI

PQ7297.N5
027
V.6

1020100023

2276
N
5164

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

TOMOS PUBLICADOS

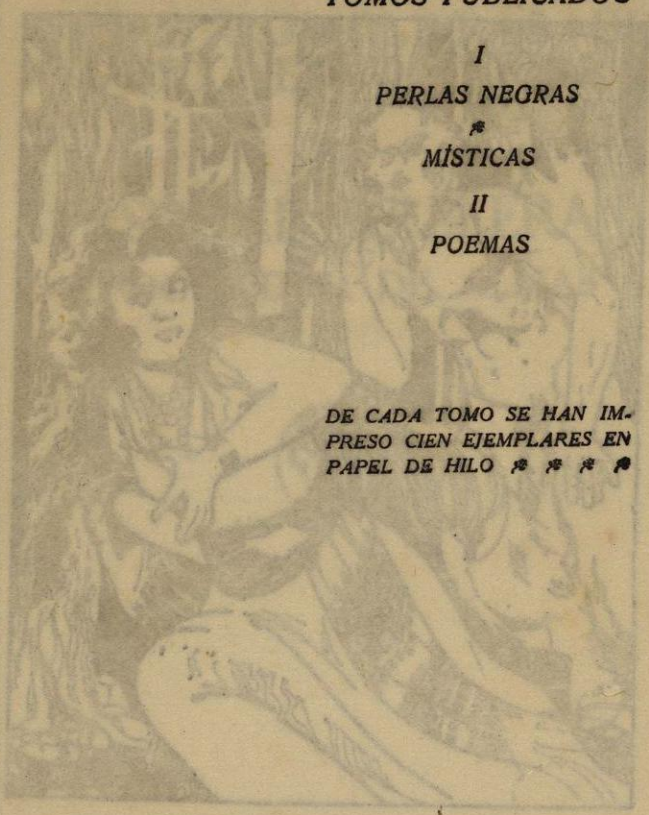
I

PERLAS NEGRAS

MÍSTICAS

II

POEMAS



DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO

TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO — *Volumen VI*

PASCUAL AGUILERA
EL DONADOR DE ALMAS

93

BIBLIOTECA NUEVA — MADRID

16436

IV-A-2882
V-6

ES PROPIEDAD
DE LOS HEREDE-
ROS DEL AUTOR

TODA EDICIÓN
FRAUDULENTA
SERÁ PERSEGUIDA
POR LA LEY

PQ7297.N5
Q27
V.6

AL DOCTOR

LEOPOLDO CASTRO

En pago de una vieja deuda de afecto
dedico muy cordialmente este libro.

A. N.

1774

PASCUAL AGUILERA

(1892)

COSTUMBRES REGIONALES

PRÓLOGO

Escribí *estas páginas a la edad en que, según Gautier, se estila «el juicio corto y los cabellos largos». Una reciente y prolongada comunión con el campo y la vida rural de México, puso en ellas olores fuertes, no hechos quizá para el olfato delicado de las vírgenes: la naturaleza es así, noblemente impúdica.* In illo tempore *amaba yo los períodos extensos, los giros pomposos, el léxico fértil, y me enamoraban las ideas revolucionarias por el simple hecho de serlo: que lo anterior sirva de norma a quien sorpresas halle al aventurarse por la selva virgen de mi libro.*

Mucho tiempo yació éste en un cajón, y allí lo hubiera encontrado tal vez algún día una mano indiferente, para librarlo al viento, al fuego... o al almacén de ultramarinos. Mas recordando que

fué escrito con amor y entusiasmo, de acuerdo con el paisaje que me rodeaba, y que si hay en él rudezas y colores vivos, son los vivos colores y las rudezas de mis trópicos, pensé que mereciera mejor suerte, y el Editor se la deparó más que buena, presentándolo al público vestido de gala.

Tal es la breve historia de Pascualillo; y como los prólogos no me gustan ni para remedio, vuelvo la hoja y dejo al lector que apechugue, si a tanto se atreve, con mi prosa, pidiéndole perdón por mis yerros.

PASCUAL AGUILERA

LIBRO PRIMERO

I

PARECÍA celebrarse la glorificación de la mañana.

Enviaba el sol una lluvia de fuego al valle y mil puntos luminosos y cristalinos danzaban en la atmósfera húmeda, como si centenares de alas de cínifes palpitasen en el aire.

En la medianía de la extensa llanada que limitaban pedregosas lomas, eslabonándose en circular cadena, la ranchería, formada de jacales de cónica techumbre, entre los que mostraban su rojo leproso algunos tejados, se agrupaban en rededor de la casa de la hacienda y de la capilla pegada a ésta.

Era la casa antiguo edificio solariego, de altos, sustentado en macizos sillares berroqueños, con anchos portales en la planta baja, con un corredor en la fachada de la alta, con vasto jardín en el patio central y amplios corrales y establos anexos.

La capilla, levantada a la derecha, de tal suerte que su única nave formaba como una prolongación a los portales, era pequeña, limpia, y la coronaba una torrecilla de dos cuerpos, rematada por un cono de pizarra: hopa obscura sobre la cual una cruz de hierro rasgaba el azul con sus brazos protectores.

Empezaba Abril, y en los campos que se extendían al oriente del caserío, los trigales en sazón eran piélago de oro que, mansamente encrespado por el viento, fingía al agitarse rubia ola que iba a morir sobre las faldas de las lomas.

El resto de las tierras, abiertas al Occidente, al Sur y al Norte, se dividía en zonas varias, pastosas unas, y otras negras y trabajadas por la yunta que preparaba la siembra del maíz. En las primeras correteaba la yeguada y pacían o rumiaban lentamente las vacas, agitando a compás el rabo perezoso y fijando sus grandes ojos llenos de placidez en las ternerillas y en los becerros retozones, que hacían ya ímpetus de triscar.

En los cerros, entre el agrio y arisco pedregal, los cazahuates de cenicienta corteza y blancas y desairadas flores, movían suavemente sus ramas; las nopaleras, erizadas de tenues espinas de cristal, mostraban en los cantos de sus pencas racimos de tunas de un rubro vivo; los *órganos* erguían sus brazos estriados, pulposos y rectos, de color verdeobscuro, fingiendo candelabros de pórfido en inmovilidad completa; y entre unos y otros, encaramándose a las peñas, ramoneando el salvaje pasto y lanzando de tiempo en tiempo su trémulo balido, los rebaños de chivos daban movimiento al huraño paisaje, y asomando por entre las peñas los cuernos retorcidos y el hocico exornado de níveo toisón o de leonadas bellotas, hacían pensar en los faunos caprípedes que paseaban su lujuria por los bosques de la antigüedad.

Los naranjos del jardín, cribados por el sol, estrenaban vestido, de un verde lleno de matices, desde el tierno de los retoños satinados hasta el obscuro de las hojas adultas.

Era el tiempo del azahar, y como mariposas

de nieve salpicaban el follaje los corimbos de flores y botones, difundiendo en rededor penetrantes aromas.

Los tulipanes estaban también llenos de cálices que colgaban de las ramas como campanillas de coral o se erguían como copones de fuego.

Las libélulas azules, verdes o rojas, batían sus diáfanos élitros de gasa entre las flores, e intoxicadas de perfume y de rocío, se posaban en los nectarios lozanos.

Los gorriones zahareños, espantados por el chicote de los muchachos pajareros que vigilaban los trigos, objeto de su avidez insaciable, iban a refugiarse un punto en el tejado y acechaban desde allí a las libélulas, charlando como unos descosidos, a coro con las golondrinas que en los aleros comadreaban sin descanso, sacudiendo la seda joyante de sus alas.

De vez en cuando hendía los ámbitos del patio, como flecha de obsidiana, algún escuálido zanate que iba a posarse en el caballete del techo, oteando goloso los graneros.

El panorama, visto desde lo alto de una loma, habría embelesado a un colorista. Era pomposo

y opulento bajo el cielo limpísimo, cielo mexicano, que combaba su zafiro infinito, formando el palio de aquella magnífica naturaleza en primavera.

—¡Muchacha, que te caes!—gritó un vozarrón de hombre en el jardín. Y a él respondió, entre el follaje de alto naranjo, una risotada que campanilleó en el aire como armonioso timbre de plata.

—¡Que te caes, atrevida!—repitió la voz.

Y un mocetón de veinticinco años, de semblante sesgo, pelirrubio, colorado y pecoso, cascorvo y desgarbado, avanzó al propio tiempo en dirección al tronco, haciendo resonar las cadenillas de metal de su pantolonera y de su chaquetón.

Agitáronse rápidamente las ramas del árbol y, como un sol de un mar de esmeralda, surgió la cabeza más linda que pueda verse, y buscando con risueños ojos al que se acercaba, clamó a su vez:

—Que se retire para que me deje bajar; no quiero que me vea las piernas.

El charro, que se había arrimado al tronco y alzaba los ojos intentando columbrar entre las

frondas los encantos que se le vedaban, se retiró algunos pasos, murmurando:

—Ya no te veo, muchacha, ya no te veo...

—Tápese los ojos—insinuó ella.

—Ya están.

—Bueno, pues allá voy.

Oyóse un rápido crujir de hojas; luego, la voz exultante de la moza, que canturreaba:

San Miguelito, santo bendito:
dame la mano, que voy a brincar;

después, la del charro, que respondía:

¡Brinca, muchacha, no te has de matar!

y, por último, rumor de faldas que azotaban el aire, seguido de una segunda risotada al pie del naranjo.

Ya en tierra, extendió la moza su blanquísimo delantal de lienzo, que había plegado con una mano para saltar, y mostró complacida al joven un montón de azahares frescos, diciéndole al propio tiempo:

—¿Qué tal, eh?

—Muy bonitos.

—Huela y verá.

Y le alargaba, cogido de las puntas, el delantal.

Hundió en él con voluptuosidad el charro la rubicunda cara, y aspiró, con aspiraciones de fuelle, el vigoroso perfume que mareaba. Cuando levantó la frente, a que se había agolpado la sangre, se leía en sus ojos brillantes, en su nariz aliabierta, en su boca de gruesos labios, una sensación tal de libidinosidad, que la muchacha, que le miraba sonriente, se ruborizó.

¡Qué guapa era! Con su cabeza de rizos negros, que en las sienes se enroscaban graciosamente como volutas de azabache; con su rostro moreno y oval de Guadalupana; sus ojos de terciopelo, donde brillaba la alegría de la juventud, la alegría de la vida; su nariz de aguileño corte, admirablemente perfilada; su boca roja, breve y jugosa; sus dientes húmedos, de nacarado esmalte, y su barba hoyuelada y su busto gallardo, en que culminaban ya los senos adolescentes, sustentado por amplias caderas que acariciaban la mirada con la euritmia cadenciosa de sus líneas.

¡Qué hermosa era!

Por la cara punteada de pecas del charro pasaban todos los anhelos, todas las voracidades;

y por fin, quedóse el hombre hecho un bobalicón, con los ojos inmóviles, sin acertar con una frase, en tanto que una sonrisa llena de graciosa socarronería iluminaba el rostro de la moza.

Ésta rompió el silencio, murmurando con cierto embarazo:

—Ya le dicho que no me camele.

—¿Qué otra cosa he de hacer si te quiero?

—Bueno; y porque me quiere me compromete...

—¿Qué me importa ese bruto de Santiago?

—Bruto, o como usted guste, es mi novio, se ha de casar conmigo y no es regular que le haga sufrir. Además, me cela mucho; ya usted conoce su natural, y estas pláticas no le gustan ni tantito. Conque *¡cuele* de aquí!

—No. ¡Que rabie! ¿No soy yo el amo? ¿No vives en mi casa?

—Sí, pero en calidad de depositada.

—Lo mismo da.

—Para usted que quiere *comerse el mandado,* sí: para mí, no.

—¿Es decir, que prefieres a Santiago?

—¡Clarito! Buena tonta sería si me dejara engatusar por usted, que no se ha de casar conmigo, y a él le hiciera menos.

—¿Y por qué no me he de casar?

—Porque eso no es conveniente, niño. Usted es rico, se casará con cualquier catrina de la ciudad; una es pobre, ranchera, montaraz... ¡conque ya verá!

—Lo que veo, Refugio—dijo el charro con inflexión insinuante y avanzando dos pasos hacia la doncella, que retrocedió otros tantos hasta apoyarse en el tronco--, ¡es que te quiero! Te quiero y no he de permitir que me ganen por la mano, ni he de ver con calma tus trapicheos con Santiago. Tú comprenderás que mi madre se opondría a nuestra boda; y luego, que ésta causaría sorpresa a la gente de la hacienda, que sabe lo de tu matrimonio. ¿Para qué armar, pues, bronca? ¿Qué se te quita con quererme así, a secas? Más te valdrá que pedirme imposibles... No te ha de pesar mi cariño, te lo aseguro; puesto que te casas, todo quedará entre nosotros, y santas pascuas.

—¡Malas se las dé Dios a su merced, que con tan poco se contenta!—respondió Refugio con amarga ironía—. ¡Qué pedigüeño es el amo! Quiere que yo se lo dé todo... ¿Y él? Pues él me paga con promesas... ¡Nadita!—añadió, creién-

dose:—¡Honrada me parió mi madre y honrada he de ser! ¿Se ha pensado su merced que porque una es ruda y viste de indiana no sirve más que para eso? ¡Nones! Más quiero pobreza de la buena que riqueza de la mala. ¡Bonita lucha!

—Es decir que...

—Que eso, ni esperanzas.

—¡Cuidadito, Refugio!

—¡Mírenlo! Y me retobea—exclamó la ranchera acabando de ponerse seria—. ¡Pues ahora con más ganas le repito que no y retequenó! Por Dios, que le diré a Santiago que cuanto antes arregle lo que falta, y apenas nos casemos me marcho de aquí.

—Tú sabrás lo que haces—respondió un si es no es corrido el solicitante; y volviéndole la espalda se dirigió a la casa.

Refugio le despidió con desdeñoso movimiento de hombros, y fuése a su vez al corral contiguo al patio, donde las gallinas cacareaban la reciente postura, armando ruidosísima alharaca.

Acercóse a un pesebre donde estaban los nidales y púsose a buscar los huevos.

Cuando más distraída estaba en su faena, sintió que una mano se posaba en su espalda y dió

un leve grito, volviendo con rapidez el rostro.

—No te asustes, soy yo—dijo una voz varonil; y la muchacha se encontró frente a frente de Santiago.

Era éste muy mozo, alto, de fisonomía morena, de rasgos altaneros, retostada por el sol y el viento; de ojos negros y vivos, melena alborotada y labios gruesos y lampiños, abiertos casi siempre por una sonrisa franca. Vestía de cuero, con pantalonera abierta que dejaba ver los calzones de imperial almidonados y limpios.

No lucía, empero, la habitual sonrisa en su faz en aquellos momentos. Miraba el mancebo a su novia con torva mirada, y mondábase las uñas con movimiento nervioso y poco tranquilizador.

Refugio, inquieta, se apercibió a la tormenta, que no se hizo esperar.

—Ya te vide—dijo con sequedad el ranchero.

—Nada malo verías.

—Lo que no sucede en un año...

—Cuando una no quiere, qué capaz que suceda nunca.

—Oye, Refugio—exclamó Santiago con ira reconcentrada—, si se ha pensado ese *cascorvo* que porque es el amo le he de aguantar, se lleva

chasco. Ser uno pobre, haber de servir y luego que le quiten a uno su hembra... ¡que no puede ser! ¡Y lo que más me encoleriza es que yo mismo traje la paloma a las uñas del gavilán, confiado en doña Pancha, que con sus avemarías, sus misas y sus pláticas con el cura cree que se arregla todo, mientras a furto de ella hace su hijo lo que hace! Yo me tengo la culpa. ¡Quién me mandó fiarme de esa beata! Pero ya lo verás, ya lo verás... Lo que es a mí...

Y avivaba la rudeza de su lenguaje con gestos significativos.

—¡Huy! ¡Qué feo te pones cuando te enojas!—dijo Refugio pegándose a él con arrumacos de gata zalamera, mimosa y confiada—. ¡Eh! No hagas *refilión;* tranquilízate, hombre, que ni el amo ni el *Sursum Corda* en persona me asustarían. ¡Cuando yo quiero, quiero! Y me sobra alma para reirme de todos los cascorvos del mundo... Vamos, que se te baje la sangre—añadió pasándole por el recio tórax la palma de su mano derecha, en tanto que la izquierda sostenía aún el delantal, donde en amable compañía con los azahares yacían los «blanquillos», tibios aún, que había juntado.

—No me llamo Santiago—afirmó éste por vía de epílogo—si no arreglo en la semana el casorio. Lo que es a mí...

E inclinando su altiva frente, quemó los labios de Refugio con un beso rápido y *tronado.*

Acercóse después a la tapia, la escaló ágilmente, y saltó al campo, perdiéndose a poco en el trigal, que columpiaba el viento.

Refugio tornó a la casa con sus azahares y sus «blanquillos», cantando. Y a su acento, deliciosamente timbrado, hacían coro el palique ruidoso de las golondrinas y el taimado cacarear de las ponedoras, que pregonaban su fecundidad.

II

Doña Francisca Alonso, viuda de Aguilera —doña Pancha, si hemos de darle el tratamiento que la daban los lugareños—, era, en opinión de don Jacinto Buendía, vicario de la hacienda, una santa, una paloma sin hiel, una mujer fuerte que de seguro se iría al cielo con zapatos y todo. Pertenecía a esa familia de matronas cristianísimas, prudentes, hacendosas y longánimas para con los desheredados que, como alguna vez decía don Fructuoso, viejo labrador que en sus verdes mocedades estudió Medicina y a quien ya se comió la tierra, van desapareciendo, por desgracia, en México, dejando en su lugar a esa turba de hembras descriadas, anémicas y vanas como las nueces tempraneras, que sostienen con el andamiaje de emulsiones y vinos reconstituyentes el valetudinario edificio de su salud, y

ponen de manifiesto a cada paso su endeblez moral, más lamentable aún que su desmedro orgánico.

Doña Francisca se educó de la manera que se educaban, allá por la quinta década del siglo, las mujeres: con sobra de severidad y total ausencia de mimos. Enviáronla temprano a la escuela a que aprendiera el Catecismo, la urbanidad, tantico así de Gramática y Aritmética, no más de escritura: lo necesario apenas para escribir su nombre,—pues en aquellos benditos tiempos se prefería que nuestras mujeres no garrapateasen dos palabras con tal de que no pudieran *cartearse con el novio,*—y algo y aun algos de costura y bordado.

Concluída esta rudimentaria enseñanza, se aplicó por entero a las tareas domésticas, y aun cuando era rica, no le escatimó su madre los trabajos, poniéndola al frente del gobierno de la casa. Iba a la cocina para aprender a guisar; *sacudía* cuando menos su pieza; distribuía el gasto, y en los ratos libres, bordaba pecheras de batista para *su señor padre*, y corporales y palios para la iglesia, con historiadas combinaciones preparadas por el punzón, las primeras, y con

cifras prolijas, los segundos; o bien se dedicaba a prácticas piadosas, rezando, haciendo limosnas y trabajando hilas para el hospital.

Muy de mañanita, arrebujada en negro mantón de seda los días ordinarios y en grueso y pesado tápalo de damasco los feriados, sin más adorno que la tunicela de gran respingo, acudía a misa, repitiendo con el celebrante las oraciones desde el *introito* hasta el *Ite misa est*, merced a su gran eucologio; y vuelta a su casa, ya no salía, teniendo por solaz y esparcimiento único sus pías lecturas, el cultivo de sus flores y el cuidado de sus canarios, clarines, zenzontles y mirlos.

Por la tarde, luego que el toque de oraciones estremecía el diáfano y sereno espacio, ella y su madre rezaban el Angelus y el Rosario, con *muchos sobornales*, y a renglón seguido disponían la cena en el austero y vasto comedor, amueblado con balumbosos armarios pintados de verde, donde se guardaban los cubiertos de plata, la vajilla exornada con el busto del narigudo Don Fernando *el Deseado;* los anchos tibores del Japón, que trajo la nao de Manila, colmados de frijol, garbanzo, arroz y lentejas, y los platones

de grecas y paisajes convencionales, muestras de la mejor cerámica del siglo pasado.

A las ocho en punto, el jefe de la familia, terminada la tertulia con el español «abarrotero» de la esquina, llegaba a casa y se dirigía incontinenti al comedor, donde se le aguardaba; y tras el *benedicite* reglamentario, se sentaba a la mesa y cenaba despacio y fuerte la invariable carne asada de «diezmillo con chilaquiles», condimentando la pitanza con sencillas pláticas con su mujer, asuntos predilectos de las cuales eran: el cariz de las siembras, las penurias municipales, las diversas fases de la explotación territorial—dirigida por ambos cónyuges con esa habilidad instintiva en las viejas familias de provincia—, los pronunciamientos y cuartelazos en boga y la ingenua chismografía local. En tales departimientos no alternaba Francisca por respeto, y concluída la cena, el viejo labrador poníase en pie y tendía la diestra a su primogénita, que la pedía con estas palabras:

—¡La mano, señor padre!

A las que el viejo respondía:

—Que Dios te haga una santa, hija.

En seguida, la joven íbase a su alcoba, rezaba

sus oraciones de la noche y se dormía apaciblemente en su gran cama de palo, cubierta por amplios cortinajes,—pabellón albeante que velaba los frescos encantos de aquella doncellez.

Una hora más tarde, todo el mundo dormía en la casa; y en amaneciendo Dios, el viejo dejaba el lecho marital, se vestía con diligencia y pasaba al comedor, donde ya le tenían preparados ancha jícara de chocolate y rebosante vaso de leche coronada de espuma.

Terminado el desayuno, salía al patio; allí le aguardaba, ensillada y enfrenada, su mula favorita—una retinta poderosa y pasilarga—; cabalgábala, y a buen paso salía rumbo al rancho, de donde tornaba al atardecer.

Por campanada de vacante hacía Francisca una visita a la madre Angustias o a la madre Mercedes, del convento de capuchinas o de teresas, ya para encomendarles una necesidad, ya para enviarles por el torno alguna limosna, a que las madres solían corresponder con rosarios benditos de Jerusalén, estampas, escapularios y frutas de horno; ya para entablar con ellas sencillo palique en el locutorio acerca de los acontecimientos religiosos, durante los cuales rompía

únicamente su clausura y mostraba más viva devoción, asistiendo de gran mantilla a la procesión del Corpus, a los oficios del Jueves Santo y al pésame del Viernes, enviando de antemano sus pájaros a la iglesia, para el monumento y el Monte Calvario, y llevando siempre flores al divino Preso que se exhibía en el bautisterio, convertido en aposentillo, al son de flautas plañideras.

Vida tan austera e interior hizo a la muchacha un si es no es melancólica y reservada; pero con una melancolía mansa y sonriente, con esa melancolía que Víctor Hugo define: «el placer de estar triste», y una reserva paliada por la natural bondad de su carácter. Puede decirse que era, como todos los seres verdaderamente virtuosos, implacable consigo misma en tratándose del deber y tolerante con respecto a las faltas de los demás. Por otra parte, conocía tan poco el alcance de la maldad humana, había tropezado siempre con gentes tan buenas, que sus juicios, hijos de un talento claro, aunque parcamente cultivado, guiábanse por un optimismo consolador. Jamás el simún de las pasiones conmovió su organismo, perfectamente equilibrado. No conocía

los grandes amores ni en las novelas, porque no leyó, debido a la cautela maternal, ni *Atala*, ni las ficciones de Walter Scott, ni *Pablo y Virginia*, que de tan amplia hospitalidad gozaron en los hogares mexicanos.

Los libros devotos, que componían la piadosa biblioteca de su madre, sí le hablaban de exaltaciones sentimentales; mas de exaltaciones de santa caridad, muy otras de las pasiones mezquinas de la tierra.

Cierto es que la iluminada de Avila en modo tal adolecía de amor, que, según las palabras del maestro Luis de León, «el ardor grande que en aquel pecho santo vivía salió como pegado con sus palabras, de manera que levantan llama por dondequiera que pasan». Cierto es igualmente que el *Corderuelo de Asís* se consumía en inextinguible fuego de caridad, hasta iluminar con flamígeros fulgores el cuarto en que con Santa Clara «departía de las cosas de Dios». Y no menos verdadero que la «Baronesa de Chantal» pasó sobre el cuerpo de su primogénito para seguir al Esposo, que le hacía fuerza. Pero transportes tales había aprendido Francisca a hallarlos justos y lógicos, puesto que se hacía objeto

de ellos a la misma Divinidad que, según la feliz expresión de San Lorenzo Justiniano, siendo sabiduría infinita «por la magnitud de su amor a los hombres se había vuelto insensata»; y sin intentar imitarlos, por humildad, tampoco pensó en parearlos con los transportes del mísero amor humano: que no es comparable, como en la pomposa lengua vernácula le enseñaban sus libros, la flaca hoguera que basta apenas a calentar los miembros ateridos del viandante con la hoguera inmensa del almo sol que invade, llena y penetra con su calor vivífico todo el enjambre de los mundos y se mantiene en medio de los espacios ilimitados, como imponderable luminar prendido al domo de zafiro de los cielos; ni comparable es tampoco la linfa clara que resbala con música igual por los guijarros pulidos y multicolores de su cauce sombreado por la verde opulencia de las hojas, al mar Océano, que dilata sus llanuras infinitas y perennemente palpitantes, desde las blancas playas hiperbóreas hasta las tostadas riberas tropicales.

Acaso, si en el medio sencillo y restringido en que se había educado la joven, surgido hu-

biera una de esas pasiones volcánicas y fatales, tan traídas y llevadas por el asendereado lirismo romántico, la sugestión de Eros llegara hasta aquel corazón sano, más susceptible que cualquier otro a la influencia ambiente; pero ni se habló jamás en la ciudad de pasiones de esta laya, ni aun cuando hablado se hubiera oyera ella el relato, en el retiro semiconventual en que vivía como todas las jóvenes sus coetáneas.

Los sueños profundos traen, empero, aparejados bruscos despertares; tarde o temprano la plétora vivífica de una sangre rica en glóbulos rojos se desborda hinchando las venas y asciende al rostro coloreándolo con el color de la fiebre y del deseo; y quizá la muchacha fuera un día presa de ese brutal despertamiento que sucede a aquel profundo sueño, o de ese golpe inopinado de deseos que sigue a esa expansión de savia virgen y opulenta; mas de todas maneras, la hora no había llegado, y Francisca pasaba por la vida como las mujeres incoloras y diáfanas de las baladas del Norte por las riberas de los lagos azules, sin dejar una huella ni proyectar una sombra.

Cuando cumplió diez y ocho años, pensaron

en casarla. No era hermosa y aun se notaba en su faz, de un blanco mate, y en sus ojos, de un azul claro, ojos de vidrio, una total ausencia de expresión. Sus formas no hacían alarde alguno de morbidez: era delgada, aunque robusta, y se presentía que la edad la tornaría enjuta y apergaminada. Sus cabellos, de un rubio uniforme, sin matices, sin quebraduras, se tramaban sobre sus espaldas en trenza florida, pero sin encantos. Carecía por completo de coquetería, de flexibilidad y de esbelteces; no había en sus movimientos esa rítmica languidez llena de voluptuosidad, esa cadencia, ese garbo ingénito, merced a los cuales nuestras trigueñas de la costa desencadenan los deseos; sin embargo, era tal el tranquilo señorío de su actitud, tales eran el candor y la serenidad que de ella emanaban, que esto, unido a su juventud firme y a su hacienda, no menguada, inclinó y domeñó la voluntad de don Pascual Aguilera, el que fué su esposo (que gloria haya).

Don Pascual ya peinaba la edad de Cristo y era oriundo de la misma ciudad. En sus verdes años—no de otra suerte que los jóvenes sus compañeros que, como consecuencia de aquel

medio que tan pocas distracciones ofreciera, rendían culto, que solapaba la cautela, a las mozas de menor cuantía—calavereó recio y tupido, ejerciendo sus depredaciones preferentemente en el accesible gremio de las «gatas» o doncellas de servir. Acaso se excedió algo en sus placeres, y ellos le dejaron como reliquias, primero, cierto agotamiento nervioso, y a últimas fechas, un hijo espúrio, al cual su madre, que pronto despejó de la vida, al cristianarlo llamó Pascual, con voluntad manifiesta de que el nombre y apellido del vástago proclamasen la cepa, hidalga para ella, de donde procedía. Mas fué esta la última aventura de Aguilera. El otoño se iniciaba con asomos de calvicie y patas de gallo que prolongaban las comisuras de los párpados, y don Pascual vió que era tiempo de amainar y dar con su averiada barca en el tranquilo golfo del matrimonio. Cambió, pues, de procederes, y abonado ya como hombre de pro entre sus conciudadanos, pudo llegar por la vía legítima al lecho de doña Francisca,—previos nueve días de ejercicios espirituales que se recetó la novia y quince días de castidad que le recetó al novio, a partir del de las bodas. No fué obstáculo para

éstas el vergonzante retoño, a la sazón de dos años de edad, pues mediante la venia del confesor de la desposada y patente el propósito de enmienda del contrayente, doña Francisca se comprometió, llevada de su caridad, a servir de madre a aquel fruto de un vientre plebeyo, y a amarle como suyo.

No hizo ascos la joven a este matrimonio que aprobaban sus padres, en primer lugar, porque don Pascual, sin despertarle fibra alguna, no le era antipático, y en segundo, porque cualquier marido le venía a su guisa; puesto que sus padres, tarde o temprano, habían de abandonarla en este valle de lágrimas, era claro que debía buscar un apoyo, casarse y llevar una vida cristiana, amando a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí misma.

Como si sus progenitores no esperasen más que su colocación definitiva en el estado que le convenía, se le murieron casi al mismo tiempo, el viejo, de congestión cerebral, provocada por las criadillas de que se atiborró en unas capazones, y la vieja, de una pleuresía, para la que no valieron punciones, y que atrapó al salir de unas vísperas.

Quedóse, pues, la moza huérfana, mas al amparo de su esposo, y bien acondicionada, porque la hacienda de la Soledad valía hartos dineros, la casa paterna era maciza y amplia, y además don Pascual contaba con haberes saneados y no escasos.

En su legítimo ayuntamiento fué doña Pancha, *mutatis mutandis,* lo que había sido en su soltería: mujer de su casa antes que todo y católica a macha martillo, por temperamento y por idiosincrasia. Suprimió una ración a las prácticas piadosas para aumentar otra a las labores domésticas que exigía su nuevo estado, y vivió tranquila, viendo hacer a su esposo lo que había visto hacer a su padre y haciendo ella lo que su madre hacía.

No tuvo fruto aquel matrimonio, que a pesar de la perfecta aptitud que para la fecundidad autorizaban a suponer en doña Francisca sus patentes buenas cualidades fisiológicas, don Pascual, debido a los dispendios de energía vital de antaño, hogaño estaba reducido, o poco menos, a la triste condición de la higuera maldita del Evangelio; pero el lacrado retoño del ex tenorio suplió—de mala manera, es cierto—al ne-

gado fruto de bendición, siendo para la señora un verdadero *cosijo*, al cual, empero, amó con cristiana caridad, tolerándole todo lo tolerable y no desmandándose en el castigo cuando éste era necesario.

III

Criaron entrambos al chicuelo como Dios manda, y así que hubo cumplido los cinco años, enviáronle a la escuela, venciendo su resistencia en parte con admoniciones y en parte con la promesa del cubierto clásico, que ostentaba esta inscripción: «Para un niño bonito»; regalo que tenía el don de poner de buen talante a los escolares reacios; mas estaba de Dios que el dómine, con el auxilio de la palmeta y demás adminículos disciplinarios, nada podría contra aquella mollera, difícil de asimilarse algo de provecho, y que temprano dió señales de un histerismo sospechoso. Solía padecer el niño grandes alteraciones sensitivas y obsesiones voluptuosas; amaba el engaño y el disimulo; mostraba celos precoces en sus cariños; adolecía de frecuentes accesos de melancolía, a los que suce-

dían transportes de loco júbilo; irritábase con facilidad, y era, en edad relativamente corta, dominado por un erotismo salvaje.

A duras penas aprendió el silabario: «Jesús, a, b, c, d»: el libro segundo, el Catecismo y una miaja de Historia Sagrada. En cambio, era consumado jugador de canicas y rayuela, y candidato constante al calabozo, en el cual se guardaban los mutilados trebejos de la escuela.

En aquellos buenos tiempos, las orejas de burro constituían un gran procedimiento penitenciario para los estudiantes perezosos; mas Pascualillo, ni por ésas dió de sí. Casi de diario poníanle de rodillas, con las susodichas orejas aplicadas al pabellón de las de carne, en el alféizar de la única ventana de la clase, como un *ecce homo* de nuevo género, expuesto al vilipendio y a la burla de los transeuntes, y todo era en vano. El muchacho empezaba por irritarse hasta berrear y patalear a más no poder; pero a poco reía cínicamente; y cuando el maestro, rebosante de justa indignación, le decía: «No tienes vergüenza», él murmuraba de suerte que sólo sus compañeros le oyesen: «Era verde y se la comió un burro.»

Para hacer *nubes* con saliva y polvo de pizarrín en la pizarra era en cambio habilidoso; para armar bataholas en la clase tenía todos los tamaños necesario; ninguno disparaba con tanto acierto como él una bola de papel mascado a las narices de un compañero a quien tuviese tirria, una de esas ojerizas inmotivadas y crueles propias de él; ninguno encalillaba con más precisión las moscas, hacía mejor el treinta y uno con la navaja o salaba a un escolar neófito con más tino. Su vozarrón de zángano sobresalía entre todos cuando los escolapios repasaban la lección a grito herido, ya para enojar a alguno diciéndole: «¿Me das a tu hermana?», o bien para canturrear el

Lero, lero, calzones de cuero,
mete la mano y saca dinero...

Era cruel con los compañeros débiles, incitábales a la riña y ponía las reglas en las manos de los contendientes, aplaudiendo cuando había descalabraduras; y como si todo esto no bastase, apenas se inició la pubertad, despertáronse en él, según se ha dicho, los más asquerosos erotismos.

El pobre dómine no las tenía todas consigo respecto al muchacho, y considerándose impotente para embridar en él tantos malos ímpetus, acabó un día por afianzarle de la oreja y llevarle ante sus padres, diciéndoles:

—Mi señor Aguilera, mi señora doña Francisca, yo ya no puedo aguantar a esta criatura... *hace chilar y medio*. Ahí verán ustedes qué medicina le aplican.

Doña Francisca, severa, sin atender a las jeremiadas del mocoso, respondió:

—Pues castíguele recio, don Estanislao; ya le dije que se lo entregaba «con nalgas y todo».

En cuanto a don Pascual, lanzando por aquellos ojos rayos y centellas, agarró al pillín de un brazo, pidió la *cuarta* y le condujo al corral.

Pascualillo, presintiendo que la zurra sería buena, y presa de un terror loco, gimoteaba más recio, exclamando:

—¡Perdón, papacito, ya no lo vuelvo a hacer!

Pero en vano: la zarabanda fué de mano maestra y tras de ella vino el encierro.

No así la enmienda. Las diabluras continuaron, y un día, el buen dómine halló a su educando en un rincón del patio de la escuela, sentado

en el brocal agrietado y lleno de lama de un pozo, en intencionado palique con la muchacha mandadera, que había ido a sacar agua, diciéndole cosas que no son para repetidas.

Poco le faltó a don Estanislao para llorar; despidió a la fámula, pescó por segunda vez al erotómano, le llevó a su cuarto, y con hondos suspiros que acusaban la desolación del ánimo recto y habituado a marchar por las vías del Señor, le dijo:

—¡Me vas a sacar canas verdes! ¿Quién te ha abierto los ojos, segundo Pedro de Urdemalas, para que hagas esas cosas? ¿Qué diría don Pascual, qué diría tu santa madre adoptiva, si supieran que, todavía con la leche en los labios, cometes actos tan pecaminosos y torpes?... Allá te lo hayas, hijo; allá te lo hayas. El *cazo mocho* es muy grande, y un día de estos cargan contigo todos los enemigos malos, para atormentarte *per sæcula sæculorum* por donde más pecado hayas habido!...

Como Pascual en su casa no quebraba un plato, al parecer, siguiendo su tendencia al disimulo, que le permitía espiar solapadamente a las criadas y a su propia madrastra cuando se bañaban,

y hacer otras lindezas sin que nadie se percatase de ello, Aguilera y doña Francisca estaban muy lejos de pensar que sus fechorías alcanzaban las proporciones que de hecho tenían, aventurándose por los cenagosos vericuetos de una libidinosidad tan fuera de sazón; mas a fuerza de oir las quejas del dómine, que jamás se atrevió a referir lo más pardo del caso, resolvieron retirarle de la escuela y ponerle a trabajar en la Soledad, al ojo del mayordomo, que era un hombre viejo y de confianza.

Empero, antes de cumplir este propósito, enviáronle a confesar, no sin que fuesen precisas para ello las conminaciones más duras.

El sacerdote, un santo varón muy hecho a escudriñar conciencias infantiles, se escandalizó, sin embargo, de todas veras, cuando pudo sondear un poco aquella alma torcida, que con temor instintivo y tras hipócritas omisiones se le mostraba.

—¿Pero tú has hecho eso, hijo de mi alma? Dios santo, ¡qué niños los de hoy!

Pascualillo había hecho *eso* y mucho más, y juzgando que el buen padre iba a aplicarle un correctivo idóneo e inmediato, se echó a gimo-

tear, haciendo creer al confesor en una contrición y un propósito firme de enmienda del todo problemáticos.

La penitencia fué severa:

—Un ayuno, diez rosarios y cinco coronas a la Madre de toda pureza, para que te haga limpio como ella; y sobre todo, hijo, sobre todo, no te quedes en la cama después de haber despertado. En yéndose el sueño, ¡despabílate, y arriba! Ocúpate todo el día, que la pereza es madre de los pensamientos torpes, y evita la intimidad con personas de distinto sexo.

Con tan buenos consejos aparejado, el penitente se fué a la hacienda. Allí no dejó, era claro, sus mañas, mas se tornó en poco tiempo tan montaraz como un toro bravío.

Sentía, no obstante, afición a las campestres labores y se dedicaba a ellas con empeño. Pero en llegando las horas de ocio, a pesar del mayordomo y de todos los pesares, cortejaba a las rancheras guapas, cuya conciencia fácil e incauta no se rebelaba ante las caricias del *güero*, como le llamaban, cuantimás que éste no les escaseaba los medios y los cortes de percal floreado.

Repetidas veces, al volver del campo, pardean-

do la tarde, sin detenerse ni aun para que los mozos le descalzaran las espuelas, íbase a tal o cual casuca para entablar insinuante plática con las Fléridas que le cuadraban, o llegar a mayores si el tiempo lo permitía; y mientras el objeto de sus deseos molía el maíz, de rodillas ante el metate, Pascual, sentado en un tronco, mirábalo con ojos lujuriosos, espiando los momentos en que el vaivén del torso de la muchacha dejaba ver los atezados y blandos globos de los senos; y, a la luz viva del fogón y acurrucado en la primitiva silla, dijérase un gnomo maligno, dispuesto a saltar sobre una presa hondamente codiciada. Su pelo rojizo color de jilote, sus ojos de un azul turbio como el de los manantiales removidos, su nariz remangada, su boca grande de labios gruesos que dejaban ver los incisivos y caninos separados, sus mejillas asperjadas de pecas que les daban el aspecto de la corteza de las guayabas, constituíanle una fisonomía de sensualidad tal, que a su lado no desmereciera un cretino.

Apenas barruntaba que el mayordomo andaba en su busca, despistábalo con habilidad suma; y cuando aquél volvía a la casa, Pascual

ya estaba tranquilamente en la cocina, esperando la cena, terminada la cual el mayordomo jugaba su partida de malilla con el encargado de la tienda de rayas, a la luz ictérica del viejo quinqué, mientras el gato barcino de la cocinera se hacía un ovillo junto al fogón, y los gañanes del servicio roncaban sonoramente; y Pascualillo, escabulléndose a lo mejor, lanzábase de nuevo a sus aventuras.

Mas cuando la vigilancia mayordomil no le permitía la escapatoria, sus noches se poblaban de imágenes impuras. A veces padecía insomnios pertinaces, y entonces, con los ojos abiertos en la sombra, excitado por la soledad y por el silencio, veía desfilar más desnudeces que todas las que turbaron las plegarias del santo Abad en el apartamiento del yermo.

Mísero retoño de un agotado y de una alcohólica, con quién sabe qué heredismos torpes, la Redención para él debía ser vana—*nulla redemptio*—. Su pecado era el gran pecado que clama al cielo y labra perpetuamente las cadenas de la humanidad; era el pecado único y fatal que no ofende acaso a una *divinidad indiferente*, pero que estanca y retiene sin remedio el

progreso y la felicidad de los seres, impidiendo el perfecto matrimonio intelectual, soñado por los apóstoles de la civilización; era el nefando pecado que en vano amparará la ley con vil tercería en los tálamos de las nupcias y bendecirá el sacerdote en nombre de Dios: porque ni la ley ni el sacerdote tienen derecho de sancionar prostituciones; era el pecado que arroja a la virgen, criada entre prácticas piadosas, rodeada de solicitudes, amamantada de purezas, en los brazos del macho ávido, haciéndola perder su sola aristocracia, la doncellez; su única majestad, *la froide majesté de la femme stérile*, que dijo el poeta; y su único encanto, el pudor, en nombre de un principio estúpido: la perpetuación de la especie; como si fuera preferible que la especie continuara su vida de desolación sobre la tierra ingrata donde los clamores del sufrimiento son infinitos, a que se extinguiese inmaculada, al fin, sabia y augusta, en una sola generación, vencida ya la bestia que fué el eterno origen de su degradación y de su miseria... Su pecado era, en fin, el espíritu de fornicación.

Aguilera iba diariamente a la Soledad; mas a buena hora tornaba a su casa, a la cual sólo se

llevaba al muchacho los domingos y fiestas de guardar, para que oyese la misa de precepto y viese a doña Francisca.

Así vivió el mozo largo tiempo; y, a decir verdad, si sus libidinosidades fueron en auge, también aumentó su afán por el trabajo, y temprano dió muestras de ser un hábil hacendado.

Cuando llegaba a los diez y ocho años, su padre emprendió el viaje definitivo, y el muchacho quedó constituído en autoridad en su ínsula.

Doña Francisca, sin más lazo en el mundo que el de su hijastro, dejó la ciudad, poniendo al cuidado de su casa a una vieja ama de llaves que la vió nacer, y fuese a la Soledad a vivir con Pascualillo. Obtuvo del obispo de la diócesis que le enviase para misar y administrar sacramentos a un capellán viejo y verdaderamente apostólico, el padre Buendía, que a una severa e inexorable conciencia adunaba un gran celo, y con él dedicóse a las obras piadosas, siendo la providencia de los campesinos.

Ella personalmente llevaba leche a los enfermos que la habían menester; ella los curaba con remedios caseros, y en avecinándose las postrimerías, cristianamente disponíalos a morir; ella

sacaba de pila a los infantes, ajuareaba a los desnudos, y—en los ratos que estos misericordiosos oficios, sus quehaceres domésticos y sus devociones le dejaban libres—re unía a los chicuelos del rancho al amparo del portal, los sentaba a su rededor sobre un ancho petate y poníase a estudiarles el *todo fiel*, los mandamientos, los artículos, el Padrenuestro, el Credo y el Avemaría. A veces llevaba su caridad hasta espulgarlos, sin percatarse de su miseria, y sus manos patricias, de blancura mate, afiladas y exangües, aventurábanse tranquilas por las inextricables cabelleras, tocando sin estremecimientos de horror los pululantes y asquerosos bichos.

Sentía, al llevar a cabo estas obras de misericordia, una de las pocas satisfacciones que podía darle vida tan igual, tan ajena de accidentes como la suya: esa íntima satisfacción que nos dice acá, muy adentro, con lenguaje insinuante: «eres bueno», y que no deja de estar mezclada a cierta dosis de vanidad, inocente si se quiere, pero vanidad al fin; que ésta es tan sutil, que se aguza, se flexibiliza, se encoge para penetrar en todas las almas, enredarse a todas las intenciones, torcidas o puras, y acurrucarse en

los corazones todos y en todos los cerebros.

La conciencia tiene voluptuosidades para las almas que, siendo rectas, son al propio tiempo y por temperamento, serenas y refractarias a la aberración del escrúpulo; voluptuosidades que por ocultas y disfrazadas no alarman al virtuoso y que explican en parte ese estoicismo cristiano ante la renunciación de todo lo exterior, de lo que hace amable y fecunda la vida y le presta un derrotero fácil y sonriente. La vanidad crea estas voluptuosidades, las informa, es su meollo, y bien pudiera llamarse la coquetería de la virtud.

No tenía la buena señora conocimiento de los procederes de Pascual,—que a semejanza de muchos hacendados feudales, amenazaba con poblar de Aguileras la hacienda,—pues no había chismosos en la Soledad; y aun cuando los hubiese habido, no pararan mientes en ello, dada la nulidad de criterio moral de que adolece nuestra clase campesina, a quien la comunión con la naturaleza torna bíblica y tranquilamente impúdica.

Si por acaso alguna de las maltrechas doncellas, víctima del erotismo del muchacho, hallaba, merced a los oficios de éste, un gañán dispues-

to a pasar por todo y a casarse con ella mediante una labor a medias o algo por el estilo, el solo comentario del caso era, si dos comadres se encontraban a la margen del aguaje:

—¿Qué razón me da de la Fulana, comadre?

—¡Cómo! Pues qué, ¿no sabe que ya encontró *albañil*? (1).

Y una risa a la sordina, entre el gluglutear de los cántaros que se llenaban, subrayaba las frases, tras de lo cual las rancheras volvían camino de sus jacales.

---

(1) Albañil significa aquí el que resana con el matrimonio averías causadas por otro.

IV

Pero un día los zarcos ojos del charro acertaron a fijarse en la morena cara de Refugio, en aquella cara oval, graciosa y expresiva, con vellos de albérchigo y color de manzana, y cátalo vuelto loco: ya no fué sola la tendencia idiosincrásica la que le guió entonces, sino algo más: la pasión, una pasión toda sensualismo, avasalladora y tremenda en temperamento tan avieso y tan fuera de regla como el suyo.

Refugio era huérfana; vivía a la sazón con una vieja parienta, que, al morir su padre, mediero criollo de la hacienda, se había hecho cargo de ella.

Por aquellos días su hermosura empezaba a florecer, prometiendo al más pedigüeño gusto lozanías opulentas. Llegaba a los diez y siete años, y sus formas, sus movimientos, sus actitu-

des, mostraban esa encantadora indecisión que marca el paso de la impúber a la núbil.

Pascual acabó por despachar noramala los amoríos que con antelación habíanle conturbado. Ante la fresca, sabrosa y prístina belleza de Refugio, ante su gracia y garabato, todas las rancheras, con sus enaguas chillonas, sus camisas bordadas de negro, sus collares de cuentas de vidrio, sus rebozos de hilo de bolita tramado de seda, sus zapatos de raso azul o negro de alto tocón y demás detalles de la trashumante indumentaria dominguera, «valían un cacahuate».

¡Refugio sí que era mujer!

Había que verla los domingos, garrida, donairosa, ir a misa, con su pergeño de cristianar, contoneando con desenfado el palmito de avispa, haciendo crujir las limpísimas enaguas interiores, almidonadas hasta azulear, que dejaban traslucir la saya de gasa floreada; levantando blandamente con su rítmica respiración la *mascada* tornasol que velaba el nacimiento de sus senos y que constituía el complemento indispensable del corpiño blanco ornado de valencianos. Había que ver aquella trenza negra, riza, luciente, entretejida de listón obscuro, que ondulaba

como víbora de azabache sobre la firme espalda, al menor movimiento de la niña.

Por desgracia para Pascualillo, la tal tenía su dueño y señor en la persona de Santiago, el patán más cumplido que vieron ojos de hembra.

Era éste un real mozo en todo el vigor de sus veintidós años, y había en él circunstancias para volver el seso a la más antojadiza ranchera. Vaquero de oficio, se pintaba solo para amansar a una potranca o para jinetear un toro cerril. Mangana o *pial* que él echara no fallaba en jamás de los jamases, y con la reata en la mano era una potencia. Para él todos los pencos merecían poco, y cuando en el estreno de algún potro, éste, para aliviarse del jinete, se limitaba a tres o cuatro cabriolas y escarceos, Santiago murmuraba, enseñando los blancos dientes, con despreciativa sonrisa:

—Salió mansito.

Tenía latentes en su alma todas las exaltaciones de las naturalezas primitivas. Con los amigos era baladronero, decidor, alegre, y se le quería bien porque sabía gastarse sus dineros en aguardiente y hacer un favor a quien se lo pedía. Con sus enemigos era rencoroso y alebres-

tado; el o la que se la hacía, se la pagaba; y referíanse de él historias capaces de poner los pelos de punta al mismísimo San Pedro, que según todas las tradiciones, era ingenuamente calvo. En cierta ocasión, por ejemplo, una hembra se la pegó con otro, y el garzón, entonces de veinte años, la llevó con engañifas a un potrero aislado y baldío, al caer la tarde; le mostró una estaca de pino, previamente hincada en un barbecho y cuya punta superior estaba más afilada que el cuerno de un toro puntal, y enseñándosela le dijo:

—Siéntate ahí... Ahora va la mía... Y al *chivato* ese... verás cómo lo capo.

La pobre mujer, lívida de espanto, no hizo movimiento alguno.

—¡Siéntate ahí o te siento!—repitió Santiago.

La hembra entonces se abrazó a sus rodillas, y tales súplicas dirigió al muchacho, que éste, generoso al fin, la dejó ir con el susto. En cuanto al cómplice, en vez de la capadura, sufrió una paliza concienzudamente aplicada.

Con su madre, Santiago era respetuoso y dócil y llamábala cariñosamente «mi manojito de huesos», en virtud de que la buena señora, de

puro canija y esqueletosa a causa de una hemiplejia, estaba más *para la otra* que *para ésta*.

A Refugio la cogió, como suele decirse, en el cascarón, y ella le quiso como él la quería, con ese amor irreflexivo y franco de los organismos vírgenes y llenos de savia. Llegaba, pues, tarde Pascualillo, y de preverse era que todas las alcahueterías y los ardides se estrellarían contra la firme voluntad de la doncella, que le hallaba repugnante y no le perdonaba que la buscase con el solo fin de burlarla como a tantas... Su criterio superior en una miaja al pedestre criterio de sus compañeras, le sugería que ella valía más que las otras; y si no se creía al nivel del amo, sí se juzgaba superior al de las que se entregaban por una saya de indiana o una *mascada* de seda.

A ser bachillera, habría hecho suya aquella hidalga redondilla:

> Soy, dijo a mi furor loco
> —y aún parece que la escucho—,
> para vuestra dama, mucho,
> para vuestra esposa, poco!

Por su parte, Pascual, a ser versado en la

prehistoria, envidiara los milenarios en que el antropoide, nervudo y musculoso, en virtud del derecho del más fuerte, desprendía de la nómada manada femenina a la hembra que hallaba de su gusto y la fecundaba brutalmente al amparo del soto espeso, del malezal esquivo, de la agria torrentera, del hondo barranco, maguer sus gritos de dolor y sus protestas inarticuladas.

En el campo el matrimonio no ofrece dificultades ni demanda retardos. Apenas puede un mozalbete ganarse su real y medio en la yunta, busca mujer que le eche «las calientes» tempranito; que cuando es mediodía por filo, le lleve el bastimento a la labor; que zurza su menguada ropa y comparta con él por las noches el vil tálamo de cordeles entretejidos, donde la miseria se muestra fecunda. El «mobiliario» es lo de menos: una docena de cazuelas, otra de ollas, media docena de cucharas de palo, un armatoste de pino con calados churrigueresco, donde se acomodan los cacharros; el ya mencionado lecho de mecate, una percha, dos equipales, una estera de palma (petate) y, sobre todo, el metate, al cual se le da regocijadamente el nombre de piano.

Algunas botellas de mezcal y algún cacharro panzón henchido de tepache, hacen el gasto por lo que ve a la bebida, en el bodorrio; dos gallinas de pipián y una olla de pozole constituyen el *menú* extraordinario; y para hacer la digestión, un zapateado sobre la tarima al son del *Butaquito* y el *Palomo*, y una riña en que salen a lucir los corvos machetes abajeños.

Santiago podía hacer la boda con más rumbo, y no la había retardado sino en atención a que corría la cuaresma y estaban cerradas las velaciones. Así, pues, habló al capellán, que no puso peros; a doña Francisca, que convino en apadrinar a la pareja, y a la tía de Refugio, que no dijo esta boca es mía.

Mas por consejo de don Jacinto, que quería moralizar a sus feligreses y que abrigaba sus temorcillos de que la muchacha, siguiendo una inveterada costumbre rural, «brincara las trancas» con Santiago, antes de que la Iglesia los ayuntase, Refugio se fué a vivir en calidad de depositada al casco de la hacienda, donde se le dió liberalmente casa y hogaza.

LIBRO SEGUNDO

I

El cascorvo apenas vió las veras del matrimonio, sin comprender que en éste radicaba la fuerza de Santiago, empezó a valerse de todos los ardides y argucias que su escaso caletre le sugería, ya haciendo que se le retirasen *las rayas* a su rival o bien que se le pagase en cereales las cuatro quintas partes de su haber, ya redoblando sus insinuaciones con Refugio.

Mas ésta, apercibida a la lucha y cierta de las prietas intenciones de Pascual, que no le habían de traer provecho alguno, no cedió. Los empeños del muchacho produjeron resultados opuestos a los que se prometía; a saber: una ira sorda

en Santiago, que estaba al tanto de los manejos del amo y que hubiera salvado la valla de la servidumbre a no ser por el respeto tradicional, atávico y cuasi feudal, que los rancheros profesan al hacendado y que, no excluyendo la murmuración, hace empero la agresión difícil, y una impaciencia viva en Refugio, factores ambos que contribuyeron poderosamente a que se expeditasen los trámites de la boda.

Mayo tendía alfombras de flores en los llanos y en los cerros; la cosecha de trigo empezaba; había barruntos de lluvia tempranera; los vahos cálidos de la tierra abrasada por el sol condensábanse ligeramente, y los ocasos opulentos mostraban majestad inusitada. Ora el sol, al tramontar, velaba su rostro tras un gigantesco abanico de flavos colores, cuyas sutiles varillas iban bajando de tono hacia su extremidad hasta diluir su oro rojizo en el azul de cenit; ora se desangraba, dejando un rastro cárdeno, paralelo al horizonte, que coloreaba vivamente los campos y los cerros, poniendo sobre ellos un tapiz purpúreo; ora encendía ignívomo volcán en cuyo ardiente cráter flotaban escardados copos, o bien inundaba el poniente de oro pálido, uniforme,

que iba languideciendo hasta trocarse en gris perla, vencidas al fin sus olas por las riberas de la noche.

Las mañanas eran radiosas y tibias; luego de amanecer llenaba el cielo una invasión de rosa leve, una apoteosis sonrosada; después, el orto era un piélago de nácar, y, por fin, asomaba el sol candente y enorme, alborozando con su tórrido beso todo lo creado.

¡Qué mejores días para el amor!

Llegaba para las bestias la época del celo y se advertía por dondequiera un desbordamiento de vida... Mayo violaba los capullos, precipitaba la preñez de los óvulos, hacía tumultuar la savia en los tallos y la sangre en las arterias.

¡Y qué diáfanas noches de luna!

Las presas eran hervideros de diamantes; el astro, en creciente, fucilaba en un cielo impoluto, semejando, al nacer tras la cordillera, mitra argentina que coronase la sien de la montaña.

En el valle dormían todas las chozas; los umbráticos fresnos erguidos en el llano fingían tumulares obeliscos; la luz del astro untaba su cobre pálido en las paredes de la casa de la hacienda, colábase al corredor, desfalleciente y

mate; en el patio caía con infinita dulcedumbre, tamizada por el follaje de los naranjos, sobre la arena, formando como una alfombra de caprichosos florones blancos en fondo obscuro; en el corral besaba mansamente el multicolor plumaje de los gallos y las gallinas que dormitaban en las estacas hincadas en los adobes; alargaba perezosamente las sombras de los marranos inmóviles, tendidos con epicureísmo indefinible en sus chiqueros, y plateaba el terregal, donde se advertían como flores de lis las huellas recientes de los bípedos.

Los naranjos, los alelíes, las azaleas policromas y los plúmbagos azulados mecíanse con movimiento cadencioso y rumor apacible y vago, y de vez en cuando estremecía la plácida quietud el ríspido ladrido de un perro somnoliento, el metálico y trémulo relincho de un caballo, el asmático rebuzno de un rucio o el agudo clarinazo de un gallo alerta.

Con el plenilunio empezaron los conciertos de los zenzotles melómanos. Iniciábanse con discreto piar que iba en crescendo hasta desatarse en cristalina cascada de gorjeos, en scherzos fugitivos, enlazados por fermatas matizadas; en vi-

brantes diatónicas y en atrevidas cromáticas, en fugas vivaces y en viriles y limpios silbidos, a cuya vibración la Reina de la Noche abría místicamente los pétalos de nácar enverados de púrpura real.

II

Pascual Aguilera no podía más. Su tormento era el de Tántalo; su carne azotada por el deseo se encabritaba, se estremecía como bestia herida en el ijar y sofrenada por un jinete implacable. Las veladas eran horrendas, y una lo fué sobre toda ponderación.

Refugio tenía su cuarto al final de uno de los corredores que veían al patio. Concluídos los quehaceres domésticos a los que «se acomedía» solícita, queriendo pagar con buena voluntad la hospitalidad que recibiera, recogíase tranquilamente sin darse cuenta de que muchas veces dos ojos insomnes, intensamente dilatados, la seguían desde lejos con avidez insaciable.

Una noche Pascual aguardó a que todo se aquietase en la casa, y, descalzándose, se dirigió

con cautela al extremo de la obscura galería, tendióse en tierra frente a la puerta de la moza y, aprovechando el breve orificio que le proporcionaba uno de los ojos de la madera, vaciado previamente, espió...

Refugio no se acostaba aún. Una gruesa veladora ardía sobre un baúl próximo a la cama, vibrando su lengüeta de fuego, y, a su luz, Pascual pudo contemplarla a su talante.

La moza iba y venía arreglando una almohada, mudando de sitio una silla, doblando una prenda de ropa, sacudiendo otra...

Pascual no respiraba...

De pronto Refugio se detuvo al borde del lecho, dando el rostro a su espía, y lentamente empezó a destrenzarse la opulenta mata de su cabellera negra, agitando después la cabeza con movimiento encantador. Hizo luego saltar los broches de su blusa de indiana, que se abrió como nutrida yema que revienta, y desnudóse de ella, suspendiéndola de una de las perillas de la cama. Sus brazos y su garganta, de un moreno apiñonado, hoyuelados, llenos, de líneas purísimas, se mostraron a Pascual como una gloria vedada y atormentadora que jamás había

de poseer... El desgraciado ahogó un sollozo.

Refugio se detuvo un momento, cruzó perezosamente sus manos sobre la nuca, encorvando sus brazos como las asas de una ánfora maravillosa, y sus ojos se posaron con mirada vaga en la puerta.

¿Sospechaba el espionaje? No, sin duda, puesto que poco después continuó desnudándose. Llevando sus manos hacia el talle, desató rápidamente la rosa en que se reunían las cintas de su saya, y ésta cayó crujiendo alrededor de sus pies, encerrándola en un círculo de lienzo. Salvólo con ágil movimiento y, recogiendo la prenda, fué a colgarla de un «perchero».

Aparecía ahora con su camisa baja pespunteada de negro y sus enaguas de imperial, infinitamente seductora. Las formas se iban revelando, y tras la manta leve temblaban sus senos ligeramente, como las dos pomas de una rama en fruto, besada por la brisa.

Un movimiento análogo al anterior hizo caer la segunda enagua; y la camisa, libre, onduló levemente, dejando sorprender los admirables contornos de sus piernas.

Pascual se mordió desesperadamente el brazo

en que apoyaba su cabeza; sacudiólo un escalo frío voluptuoso y siguió contemplando.

Faltaba la última prenda, el último velo de aquella virginidad, el postrer cortinaje que encubría la divina estatua, como esos paños con que los escultores cubren sus moldeajes ya concluídos, y que dejan presentir la amplitud ideal de las líneas al ajustarse blandamente a la arcilla húmeda.

Refugio pareció vacilar; sus manos tornaron a atarse sobre la nuca...; entornó lánguidamente los ojos... ¿Qué espejismo erótico pasaba por aquellas pupilas negras, como pasa la imagen de una nube arrebolada por la luna sobre un lago dormido?

Por fin, cogió con los índices y los pulgares las bandas de tela que fijaban la camisa a sus hombros y tiró de ella...

Momentos después apareció completamente desnuda, surgiendo de las ropas albas que la rodeaban como una hostia morena de un copón de plata.

Pascual ahogó un nuevo sollozo, y poniéndose en pie hizo un gesto de resolución: rompería la puerta...

Pero en aquel instante la voz de doña Francisca se oyó a lo lejos, llamando a una criada, y el mísero echó a correr hacia su pieza, donde en la obscuridad absoluta pidió en vano al sueño consolación y olvido.

Si hubiese leído y penetrado las eternas páginas de Los Libros, habría entonces recordado y aquilatado acaso aquel versículo del Eclesiastés en el que, tras de haberse exclamado: «¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria!», se afirma que «¡la mujer es más amarga que la muerte!»

III

Más terrible fué aún la noche siguiente.

Pascual buscó a buena hora un escondite en la estancia de Refugio, y aguardó.

La escena de la noche anterior se repitió a su vista, y en el supremo instante en que la desnudez de la muchacha se mostraba en toda su plenitud, el erotómano saltó de un rincón y se abalanzó a ella.

Refugio lanzó un grito y esquivó al infeliz, que se quedó temblando de deseo en todas sus carnes a un paso de ella.

Sobrado brava y fiera la doncella para, después de la sorpresa consiguiente, mostrarse intimidada, cogió la ropa que hubo a la mano, y, velando como pudo sus formas, quedóse luego viendo al mozo con mirada semiiracunda, semiburlona:

—¡Atrevido!—le dijo con voz en que vibraban los desprecios—¡váyase o grito!

Pascual, sin responder, tragaba espasmódicamente saliva; sus ojos se abrían desmesuradamente y el temblor de sus carnes aumentaba.

—¡Váyase, le digo!... ¡Ah! si él estuviera aquí no haría usted esto, ¡cobarde!...

Por fin, pudo el cuitado articular dos palabras:

—¡Tenme lástima!

—¡Váyase! me «choca», me «choca», ¿entiende?

Y la voz de Refugio se aguzaba para azotarle como un látigo.

«Tenme lástima»: eso era todo; pero en los ojos de Pascual había una elocuencia desgarradora.

—¡Váyase le digo, o grito!—repitió la muchacha.

—Refugio, gimió el enamorado con desesperación, ¡ten lástima de mí! ¡Te deseo... te deseo!... ¡Pídeme lo que quieras, prietita, lo que tengo, todo, todo!... ¡Pídeme que me mate después... pero no me hagas menos... te deseo, te deseo... tengo hambre!...—y aspiraba la hache con aspiración dolorosa—¡hambre de ti!

Refugio lanzó contra él el dardo más agudo y cruel de sus ojos y respondió:

—De usted nunca, ¿lo oye? ¡nunca!... ¡Me choca, me choca! ¡Váyase!... ¡me da asco!

Pascual gimió de nuevo:

—¡Tengo hambre!...

Y de pronto, trocándose la humildad en audacia, pretendió coger a la moza; pero ésta lanzó un grito tan agudo, mezcla de ira y de temor, que el infeliz se detuvo medroso, y empujado y golpeado con rabia, salió tambaleándose al corredor y fuése a su recámara a beberse, despechado, entre la sombra, la salsedumbre de sus lágrimas.

Refugio volvió a su cama y se echó en ella sollozando.

Diría todo a Santiago...

Pero no se lo dijo. ¿La hubiera él creído ilesa?

Ya libre de todo riesgo, sola ya, su carne se rebeló empero de un modo extraño, y el recuerdo de la brutal audacia que estuvo a punto de hacerla víctima, fué un excitante poderoso.

Si en aquellos momentos hubiera vuelto Pascual, habríala poseído. Sus deseos indefinidos de virgen tumultuaban por el brusco sacudimiento

despertados... Las repugnancias que Pascual le inspiraba desaparecían. Continuaría odiándole mañana, mas ahora le deseaba; revolcábase en el húmedo lecho, dolorida y anhelosa, paseando por su cuerpo las manos temblorosas con suaves e inconscientes caricias.

Y aquella noche Refugio tuvo la primera revelación del amor...

IV

Pasó la semana mayor, durante la cual doña Francisca residió en la ciudad con el fin de asistir a las grandes ceremonias; y llegada la Pascua, los novios previniéronse para la boda.

El día designado, muy tempranito, fuéronse a Villarreal y llegaron a buena hora, dirigiéndose incontinenti con los padrinos a la parroquia.

Refugio vestía un vaporoso traje de gasa; llevaba tápalo de seda, regalo de doña Francisca, y ostentaba en la cabeza un sencillo ramo de azahares naturales. Santiago portaba el vestido dominguero: pantalonera de campana, de paño azul, chaqueta de lo mismo y un sombrero de pelo con anchos galones de oro.

Luego de terminada la ceremonia, la comitiva dejó el templo y fué a casa de doña Francisca,

donde aguardaba el viejo guayín, que la condujo a la Soledad.

Allí estaba ya aparejado todo para la fiesta. En el espacioso portal, a lo largo de la pared y en los intervalos de los pilares, había colocadas sillas. En un extremo se instaló la música, que contaba con dos violines de rancho, enfundados de cuero, con arcos cortos y muy primitivos, y, pendientes de la jareta que cerraba la funda, sendos pedacitos de brea para untar las cerdas; un pistón lleno de abolladuras; dos guitarras remendadas intencionalmente, pues es fama que así suenan mejor, y un contrabajo monumental, con bordones que parecían cordaje de fragata.

Al alcance de los filarmónicos, sobre una mesa de ocote, erguíase la consabida olla repleta de agua-miel, y de la cocina llegaban husmos de pipián, mole y otros guisotes no menos apetitosos.

Eran las once de la mañana cuando empezó la fiesta.

Doña Francisca y el capellán, instalados con los novios en un canapé, la presidían; y Pascual, pegado a un pilar, acechaba a Refugio.

Rechinaron los violines, oyóse el cri-cri de las clavijas; luego, dos acordes: *mi la, re sol;* bor-

donearon los guitarristas, bufó el contrabajo; el «pistón» lanzó, con más o menos soluciones de continuidad, un registro; y por fin, tras un preludio dulzón, rompió el «jarabe» con los aires precipitados del *Palomo*.

—Con la venia de sus mercedes—dijo Santiago dirigiéndose al ama y al vicario, tras lo cual dejó su asiento, y quitándose el galoneado, lo «aventó» a los pies de Refugio. Recogiólo ésta, y poniéndose en pie, avanzaron ambos hasta la medianía del portal, quedando frente a frente a algunos pasos de distancia.

Entonces iniciaron un taconeo leve, al cual hacían coro el retintín de las cadenillas de las pantaloneras de Santiago. Refugio movía apenas los pies y, apoyados los dorsos de las manos en las opulentas caderas y con los brazos en jarras, contoneábase ligeramente.

Mas al llegar el alegro estrepitoso del retozón airecillo, el movimiento se avivó y el taconeo multiplicóse hasta producir un redoble loco.

Luego vinieron los motivos lentos, en el intervalo de los cuales los bailadores trocaban sus sitios al desmayado compás de un leve fraseo de los violines. Estos gemían *Las amapolas:*

Amapolitas moradas
de los llanos de Tepic,
si no están enamoradas,
enamórense de mí...

Y los bailadores avanzaban cadenciosamente hasta la mitad del espacio que los dividía, retrocedían, intentaban abordarse de nuevo y se esquivaban con leve rodeo; pero sucedieron, a *Las amapolas*, *Las mañanitas*, y ambos tornaron a sus puestos, girando allí suavemente y moderando el zapateo, sobre todo, cuando los violines suspiraban la frase aquella:

No vengo a que te levantes,
ni vengo a quitarte el sueño...

La languidez fué cediendo en *Los monos:*

Ya vienen los monos...

El movimiento de los pies era entonces acompasado; mas fué precipitándose al llegar el

Pica, pica, pica, perico...

Y volvió a su vertiginoso redoble al iniciarse de nuevo *El Palomo*. Entonces los bailadores abordáronse otra vez; ella ladeó el busto, él le quitó el sombrero, agitándolo frente al rostro sudoroso de su pareja, y zapateando siempre, giró

en su rededor, en tanto que ella se limitaba a avanzar y retirar perezosamente los pies, separándose una vez aún, cuando los violines cantaban *La Pepa:*

Pepa no quiere bordar
ni quiere tejer en gancho:
se quiere civilizar
con uno de sombrero ancho.

Y por fin, hecho el último esfuerzo, tornó el redoble; el sombrero yacía en el suelo, y Refugio bailaba en torno de él empujándole con el pie, al desbocado y vertiginoso compás de la *Diana*, que ahogaron los aplausos, y la pareja fué a caer rendida sobre el canapé.

V

Concluído el jarabe, doña Francisca y el padre vicario se retiraron con el fin de dejar más libertad a los peones. No así Pascual, que con faz huraña y actitud de pocos amigos continuó en su puesto, indiferente a la barbulla y a la zambra regocijadas que clamoreaban en su rededor, y sin ojos más que para la muchacha, cuyas mejillas, coloreadas por el baile y perladas de sudor, incitaban al beso.

Una cólera sorda y un despecho infinito, toda la cólera y todo el despecho de un ninfómano al cual le esquivan el objeto ansiado, le mascaban el alma sin darle punto de tregua. A medida que el día de la boda había ido acercándose, su pasión por Refugio se agigantaba y su carne dominadora rebelábase a la sola idea de que el fru-

to apetecido tan largo tiempo se lo llevaría otro, y de que él penaría sin esperanza mientras otro se regodeaba. Cuanto más inminente era la pérdida, tanto más sabrosa parecíale la lugareña, desnudada infinitas veces por su imaginación calenturienta con mezcla de tormento y deleite; y aquel día en que la unión de Refugio y Santiago debía consumarse, las comprimidas libidinosidades de Pascual convertíanse ya en horrible hiperestesia sexual.

En vano intentaba el cuitado arrojar de su mente la conturbadora idea; ésta volvía taimada, sublevando impúdicos fantasmas: la hermosa muchacha entregándose con cariñoso abandono al patán; los besos quemadores de las bocas ávidas, esos besos que se aspiran y beben más que se reciben; esos besos que saben tan bien por lo inmensos... la opresión de dos pechos que querrían fundirse en uno; el aliento entrecortado, agónico, porque el hombre agoniza ante el amor como agoniza ante la muerte; la consumación, en fin, de aquel connubio... y todo en el discreto rincón del jacal entre cuyas grietas se cuela el rayo ictérico del plenilunio.

Y el despecho y la rabia se revolvían en su

espíritu bastardeado por el deseo, con ferocidad inaudita.

Parecíale monstruoso que él, a quien todos pagaban pleitesía, el amo, en fin, se viera obligado a cruzarse de brazos, impotente, inerme, en tanto que el otro, el rival afortunado, tomaba para sí aquella virginidad fresca, vigorosa, que tan supremos goces prometía, y la gozaba con el arranque brutal del macho que topa, en la época del celo, con la hembra, y ahitaba en ella su sed de caricias y de amor. ¡Oh no! El no podría permitir eso. Hasta entonces ningunade las mozas que apeteciera se escapó de sus brazos. ¿Porqué aquélla, la única, la amada, había de ser de otro?

Y su faz iba poniéndose más y más torva; las pecas aparecían negras sobre el fondo rojizo del cutis; el cabello hirsuto, aquel cabello de jilote, caía revuelto y sudoroso sobre la estrecha frente; la nariz remangada abría sus alas con el gesto del garañón que ventea... y la boca se plegaba amargamente contraída por el odio.

A Santiago no se escapaban tan inequívocas señales de despecho; mas no lo intranquilizaban por cierto. Sentía la serena confianza del fuerte, y veía con desdén, casi con satisfacción íntima,

la ira de su rival. «¡Que rabie! ¿Y a mí qué?»—se decía—. «Si es tan hombre, que me la quite»—y seguía con monótono movimiento de cabeza el compás del jarabe número dos, que bailaban a la sazón Candelaria, la Gutiérrez y el velador Nicolás.

Refugio habíase acomedido a repartir la bebida que contenía el panzudo cacharro, y a medida que ésta circulaba, los rancheros, no cohibidos ya por la presencia de *la Señora*, se animaban. Habían acabado por dejar las sillas y, en los intervalos de ellas. algunos colocaban los anchos sombreros de paja de trigo en el suelo, junto a la pared, y sentábanse sobre el segmento posterior de la ancha falda, de tal suerte que la copa quedaba entre sus muslos, que con las piernas formaban ángulos agudos, y posándose los pies sobre el segmento anterior de la falda, los codos sobre las rodillas y las mejillas sobre las palmas de las manos.

En aquella actitud cuasi símica, que evocaba figuras de códice, liado a la cintura el zarape a grandes rayas, seguían con los ojos las peripecias del fandango, en tanto que otros formaban grupos de bebedores, ajenos al baile y disemi-

nados aquí y allá. Las rancheras que no bailaban permanecían en sus asientos con inmovilidad de cariátides.

Pascual envió a la tienda de raya por unos frascos de tequila, que se distribuyó incontinenti, siendo él el primero en catarlo más de lo prudente. Quería embriagarse porque ya no podía más con aquello que le tumultuaba dentro; mas como suele suceder cuando el trastorno moral es poderoso, el alcohol, lejos de anestesiarle, excitó su espíritu y acreció sus iras.

En tanto que la mayor parte de los peones se divertían en el portal, otros, con licencia del amo, procedían a levantar en el amplio solar que se extendía frente a la casa de la hacienda un coso, hincando en el suelo tablones de diversa altura, en doble fila, y sustentando en ellos un tablado.

En la tarde se correrían unos toros, y aquellos preparativos despertaban el entusiasmo de los granujas del rancho, que provistos de chirimías y tambores improvisados con cántaros y vejigas, recorrían las terregosas calles limitadas por cercas, precedidos por un pilluelo que, caballero en un borrico, pregonaba las excelencias de la

corrida, gritando por vía de epílogo: «¿Es verdad, muchachos?»

—Síii—respondían éstos a coro.

Y a su algazara reuníase el ladrido de los perros, el malhumorado gruñido de los marranos que huían al trote, y los ruidosos aspavientos de las gallinas que, asustadas, escalaban las cercas y los árboles.

Era mediodía cuando la cocinera bajó al portal y dijo la santa palabra:—«A comer, hijos.»

En la planta alta se había improvisado, con tablones también, una gran mesa; y allá subieron todos y se instalaron los que cupieron, poniéndose los otros en cuclillas a lo largo de la pared.

Doña Francisca y el párroco ocuparon las cabeceras, los novios una de las medianías de la mesa; seguían a derecha e izquierda de éstos los vaqueros, los medieros; y, enfrente de los novios, Benito, el encargado de la tienda de rayas, y los padrinos.

En el centro, sobre anchos platones, humeaban cochinillos y gallinas rellenos de picadillo, pasas y aceitunas, y adornados con lechugas y hierbas aromáticas; aquí y ahí, entre los frascos de rojo *carlón*, traído expresamente de la ciu-

dad, levantábanse fruteros de cristal, colmados unos de chirimoyas, mameyes y aguacates abiertos en forma de granada y mostrando su blanda carne pulposa, y repletos otros de guayabas pecosas, plátanos de Acapulco, rugosas nueces, sonrosadas manzanas y doradas ciruelas.

El que esto escribe pasa por alto la reseña del banquete, que para el pío lector que la leyese en ayunas sería cruel, y para el ahito más indigesta que un palique de maritornes, pinches y catasalsas. Por otra parte, no hubo brindis, que tal vilipendio de la palabra no se estila, por gracia del cielo, en aquella bendita tierra, ni se habló de política, señora desconocida, por magna fortuna también, de los pobres lugareños.

Concluídos el yantar y la sobremesa que era del caso, doña Francisca se levantó y fuése a dormir su siesta; don Jacinto fué a su vez en busca del breviario, y los comensales bajaron a organizar la corrida, alborotando todos más que un cotarro de monaguillos o escolapios.

Ya se habían encajonado en recinto de palizada anexo al coso tres toros cerriles, acabaditos de separar de la torada; los vaqueros vestían las chaparreras, apretaban los cinchos a sus ca-

ballos y revisaban sus reatas; algunos peones atrevidos, provistos de zarapes rojos, a horcajadas sobre las barreras, esperaban la corrida, impasibles ante el sol que chorreaba llamas, calcinando la atmósfera. Las rancheras iban trepando como podían a los tablados, cubierta la cabeza con los sombreros de palma que usan en las cosechas, de cuyas faldas pendían, a guisa de paños de sol, amplios paliacates de hierbas de colores chillones y dibujos historiados que las resguardaban de la solana. Los novios fueron a colocarse en buen sitio en uno de los tablados, cerca de los músicos y del Juez veedor, don Abundio, mediero aficionado a los cuernos, que ejercía siempre tal cargo y que tenía a su lado *al señor del pistón*, apercibido a disparar el agudo toque de llamada.

Subió al último *el amo*, y el pistón lanzó a los aires el regocijado tara-ra-ri-ra, que hizo brincar a más de un corazón en los pechos.

Tampoco daré con palabras forasteras una reseña de la corrida. No había en el coso toreros de esos que visten chaquetillas de gayos colores, recamadas de oro, y que pasean su pomposa inutilidad por la arena. Los vaqueros capo-

tearon a caballo, los peones a pie; la reata hizo de las suyas, luciendo los más hábiles su agilidad para las *crinolinas*, los *piales* y las *manganas*, hasta que el cansancio los rindió, haciendo proferir a más de uno esta frase dirigida a Pascualillo:

—¡Patroncito, ya se me atrancó la carreta!

Santiago, a pesar de las protestas de Refugio, acabó por bajar a la arena; cada suerte concluía con la inevitable jineteada, y a él le tocó jinetear al último bicho a petición del público.

Fueron de verse entonces la serenidad y gallardía del mozo. Ya las anteriores bestias habían sembrado a algunos jinetes, cuando Santiago avanzó hacia la tercera, que maniatada por las reatas, yacía resoplando en medio de la plaza.

—Apriétele el pretal, ñor Jerónimo—dijo el muchacho; y luego de hecha esta operación, montó la bestia, gritando con serenidad:—«¡Suéltenmelo!»

Como por ensalmo desapareció la red de reatas que detenía al bicho, y éste se levantó formidable, resopló una vez más batiendo la tierra y comenzó a hacer cabriolas imposibles. Santiago, con los dedos afianzados al pretal y las espuelas clavadas a los ijares de la res, sonreía a todos,

sereno, inalterable, refocilándose a su sabor y talante de la impresión que causaba.

El toro, furioso, iba de aquí para allá, intentando librarse de la carga; agachaba el testuz, lanzando coces al aire; luego se ladeaba, y su gruesa piel tenía una movilidad notable; cabeceaba luego, y por fin, sintiendo su impotencia para arrojar al jinete, tras algunas cabriolas de por no dejar, acabó por recorrer a gran trote la arena, yendo a tumbarse cerca de la barrera, entre el estruendo de los aplausos y el clamoreo de la muchedumbre que vitoreaba a Santiago.

Refugio, pasado el susto, sonreía orgullosa de su hombre, y Pascual se mordía los labios con encono...

Tramontaba el sol; el estrépito de las voces se ahogaba en la extensión impregnada ya de la opulenta y melancólica serenidad de la tarde; oíase el triste mugir de la vacada de ordeña que volvía de los potreros al corral de la hacienda, y en el campo omnifecundo, salpicado de rubios haces de trigo engavillado, la brisa errante parecía cantar los versículos llenos de sencillez y mansedumbre austera que narran el bíblico idilio de Ruth y de Booz.

VI

Subió del valle a la montaña la negra marejada de la sombra; aquietóse todo, y en adelante sólo rompió el silencio el agudo aullar de algún perro medroso.

En los jacales empezaron a brillar los fogones para irse extinguiendo poco después, y en los flancos de la serranía dejáronse ver las largas cintas de fuego de las hogueras de los leñadores,—llamadas en pintoresca frase por los labriegos «la procesión de los coyotes»,—trepando aquí como enjambre de gnomos, retorciéndose allá como víboras de lumbre, bifurcándose en los vastos declives y centelleando siempre en la vaga penumbra argentada.

¡El carbonero! Extraño duende de la sierra, que dormita feliz, arrullado por el medroso concierto del mastín que aúlla, de la cabra que bala

asustada entre el huizachal; teniendo siempre ante sí la inmensa hondonada obscura, donde Deméter, la tierra ubérrima, germina en silencio; el sembradío de oro, el ceniciento magueyal que finge inmenso reguero de coronas de hierro, desparramadas aquí y allá por reyes colosos, despuésde una lejana titanomaquia; teniendo arriba el toldo de las noches de oro y alrededor el fuego de su vivac!... ¡Cuántas veces su silueta, negra a fuerza de hollín, pasa melancólica, bella casi, a través de las coplas que canta el gañán antes de la colación de la noche, y cuyos bordones melancólicos se alejan pensativos en la sombra!.

La oleada de plata de la claridad lunar, suavemente láctea y difusa, empezaba a bañar el valle y ensayaba preciosos efectos de luz tenue y sombra desleída en los muros de la casa de la hacienda. En el mirador de ésta, Pascual iba y venía con paso desigual, agitado y nervioso.

Doña Francisca habíase ya recogido, y en el silencio de la galería, a la cual daba una de las puertas de su alcoba, se hubiera podido oir su respiración isócrona y apacible.

En el costado opuesto del corredor estaba el cuarto de Pascual, y a favor de la luna distin-

guíase la vasta y recia cama que muchas veces supo de nocturnos idilios clandestinos, necesarios al temperamento ultrasensual del muchacho como el aire a los pulmones.

Desde el mirador se percibía la choza de Santiago, reducida y de remate cónico, como las demás, y por las rendijas de sus paredes de jambas y ramaje escapaba la luz débil de una vela.

Pascual se detenía a cada momento en su camino, y clavaba sus ojos iracundos en la luz maldita, que le hablaba del amor, del connubio realizado, a su pesar, a unos cuantos pasos de distancia.

Bien sentía el malaventurado que aquella visión que avivaba sus ardores era un tormento insoportable; mas con la tendencia de todo el que sufre a penetrar en lo más hondo de su angustia, a rasgar todas las fibras delicadas que aun quedan inmunes, se revolcaba en su impuro dolor como un cerdo en su lodazal.

Varias veces estuvo a punto de bajar, de acercarse a la choza, romper la frágil puerta y entablar con su rival una lucha brutal y decisiva, inmolando, después del triunfo, a sus deseos la virginidad de Refugio. Mas era cobarde y estaba

seguro de que sería vencido. Santiago con sus ferocidades y su fuerza le imponía respeto; de suerte que, pasado el ímpetu pasional, apoyábase en la baranda del mirador, llena el alma de esa ira concentrada de la impotencia, y seguía encarnizadamente fijando sus ojos llameantes de lascivia en la luz aquella, luz tranquila que alumbraba las caricias primitivas de dos organismos fundidos en uno con el ímpetu viril de la juventud.

Su imaginación, con la vivacidad y la clarividencia que le prestaban el estímulo de la carne y la tensión nerviosa, reconstruía todas las escenas que debían seguirse en la cabaña, y cuando la vela parpadeó débilmente y la cabaña quedó a obscuras, Pascual dejó escapar un grito; las imágenes evocadas eran tan poderosas y tan vivas, que le habían embaído por completo, y el cuitado acabó por ver la escena que debía continuar en las tinieblas.

Entonces fué presa de una gran risa, de una risa convulsiva que llenaba sus labios de espuma y de terribles accesos de sofocación.

El eco de aquella risa histérica y siniestra repercutió dolorosamente en el mirador, ante la

noche infinita, y abriéndose bruscamente la puerta de la cámara de doña Francisca, apareció ésta alarmada, cerca del dintel, fijando sus claros ojos, llenos de asombro, en su entenado, y destacándose en la penumbra, blanca, con la blancura mate de sus carnes ligeramente enjutas, semiveladas por la camisa de dormir.

—¿Qué tienes?—preguntó.

Pascual fijó en ella sus llameantes ojos de fauno y su alucinación tomó creces.

—¡Refugio, Refugio!...—aulló, y llegando de un salto hasta la matrona, alzóla en vilo con fuerzas centuplicadas por la locura y desapareció con su carga en la obscuridad de la estancia.

VII

En la capilla reinaba aún la luz ambigua del amanecer, pues los primeros rayos del sol, al herir los cristales opacos de las vidrieras, desparramaban su luz viva, resolviéndose en fulgor delicado, uniforme e igual.

La Virgen de la Soledad, patrona de la hacienda, erguíase en la hornacina del único altar, con su rostro oval y brillante de escultura antigua remozada, que surgía de la toca de seda negra como una luna macilenta de una noche fúnebre. Los ojos, embebecidamente alzados al cielo, parecían aún contemplar con mirada vidriosa el sangriento madero en que expiró como esclavo romano el Hijo del hombre. Luenga túnica de terciopelo, cayendo en pliegues rígidos, le cubría el cuerpo en que la piedad adivinaba

extenuaciones hijas de la fatiga y del dolor de convivir con un hijo misterioso y divino.

La sencilla devoción de la madre de doña Francisca había prendido al pecho de la Virgen solitaria un viejo florón de diamantes montados en plata, que desdecía de una manera peregrina de la dolorida actitud de la imagen.

Con vacilante paso, inclinada la frente, llena de rubores, habíase dirigido, por la sacristía a la nave, doña Francisca, y acercándose precipitadamente al comulgatorio, caído había sobre las losas, estallando en sollozos desconsolados.

Largos minutos duró esta explosión de pena. La pobre mujer se retorcía, golpeaba su frente contra el suelo y agitaba los brazos con movimientos vagos ante la Virgen, perpetuamente inmovilizada en su actitud de mística desolación.

Después, fatigada la laringe, queriendo estallar la cabeza, doloridos los maxilares y rígida la piel de las mejillas como atirantada por la sal de las lágrimas, la infeliz no pudo continuar sollozando y fué a acurrucarse, mustia y corrida, en una banca pegada al muro de la angosta nave.

Entonces a la desesperación sucedió ese tor-

mento mudo, taimado, sin piedad, que se complace en despertar la imagen de nuestro delito para ponerla pertinazmente ante nuestros ojos, sin compasión de las náuseas morales del infinito asco que de nosotros sentimos y que son capaces de poner una arma en las manos trémulas de la víctima, y tanto más fieros y bravos cuanto que no nos dejan ni el lenitivo del amor propio satisfecho.

¡Una hora de amor! ¡Ella había tenido una hora de amor! ¡Y con quién! Con su entenado, casi con su hijo... Y había consentido sin otra protesta que la de un simulacro de resistencia más o menos prolongado...

El delito era tan sucio, tan feo, tan vulgar, que no dejaba incólume ni su vanidad de mujer.

¡Peregrino final, digno epílogo de una existencia consagrada toda a la piedad! ¡Mojigata! ¡Había pasado treinta y seis años cuidando una margarita preciada para arrojarla luego, sin gloria, sin amor, sin previo arranque pasional que disculpara el sacrificio, a los puercos! ¡Mojigata, mojigata!

Y, en retrogradación dolorosa, volvíase su memoria a los apacibles años gastados en el ejer-

cicio del bien. Recordaba su juventud incolora, entretenida en las nimiedades de una virtud casera; la ausencia total de ímpetus fisiológicos; el adormecimiento de su naturaleza mansa y normal; el concepto incompleto que del matrimonio se formaba, cubiertos como estaban sus ojos por el denso velo que siempre puso ante ellos la prolija solicitud maternal; luego el brusco despertar en los brazos de un hombre que, al querer saciar en ella sus brutales apetitos, le había hecho daño sin proporcionarle goces, no buscando jamás la coincidencia en el espasmo, inhábil para otra cosa que para hartar su hambre libidinosa de macho a costa de la hembra sumisa y resignada al martirio diario, al ofensivo alarde de un apetito siempre naciente; y, por último, la idea que le vino de que el matrimonio era eso: una sumisión incondicional a todos los ultrajes íntimos; idea que acabó por aceptar como debían las demás de aceptarla, con esa atónica placidez de las esposas mexicanas de ayer, criadas en pleno aislamiento y prestas a acatar todas las autoridades.

No amó a su marido, mas tampoco le odió; veíale como a un compañero indispensable, al

que hay que tolerar, y acabó por ser feliz a su modo, como lo había sido antes...

Recordó, después, su viudez; la ligera sensación de alivio que experimentó al verse de nuevo sola y más apta para ejercer el bien; la voluptuosidad de las buenas obras practicadas, que llenaba de complacencia sus días; la tranquilidad de su vida austera, llena de satisfacciones secretas; la inmaculada honradez con que llevó sus tocas negras.

¡Y todo para qué, Dios mío!... Para caer vulgar y neciamente en una intempestiva celada del acaso; para entregarse en un inopinado y formidable despertar del organismo hipócrita a un hombre en quien debió respetar la memoria de su marido; a quien debió guiar como madre cariñosa hacia el deber... ¡Para entregarse, sí, cual una barragana sin pudor, cual una manceba inverecunda!

—¡Mísera de mí!—se decía con asco de sí misma más y más insoportable—¡He caído, pues!

Y veníanle a la mente, con esa extraña asociación de ideas, hija de la lucidez enfermiza que sigue a algunos sacudimientos morales, las tremendas palabras de una meditación que leyera

en los *Ejercicios:* «Cayó Judas y lo substituyó San Pablo; cayó Pelagio y lo substituyó San Agustín; cayó Lutero y lo substituyó San Ignacio»... Ella también había caído y la substituirían en el apostolado de la caridad, la misericordia y la pureza, muchas santas matronas que no mancillan sus canas ni abrevan la carne, consagrada por una unión legítima, en la ignominia de un nauseabundo comercio... Sí, «la mies es mucha y los operarios pocos»; mas el Padre celestial halla siempre siervos fieles que reemplacen a los que amaba, a los que le han traicionado... como ella le traicionó, haciendo con un hombre obra de concupiscencia, obra de fornicación, obra de carne...

«Cayó Judas y le substituyó San Pablo; cayó Pelagio y le substituyó San Agustín; cayó Lutero y le substituyó San Ignacio.»

Llegadas a este punto las reflexiones de la pecadora, fué tal y tan penetrante su angustia, que tornó a arrojarse al suelo, a retorcerse de dolor, lanzando alaridos, que no sollozos, desgarradores ante la Virgen, perpetuamente inmovilizada en su actitud de mística desolación.

VIII

Pegada a las losas de la capilla hallóla don Jacinto, que entraba con ánimo de rezar las oraciones preparatorias de la misa y, que no llevó flaca sorpresa al verla en actitud tan imprevista y con estremecimientos tales de dolor.

—¿Pero qué le pasa a usted, mi señora doña Francisca?

Ésta, oída la voz del vicario, abrazóse por toda respuesta a sus rodillas, lanzando gritos de compunción.

—¡Padre—dijo cuando pudo decirlo—, escúpame usted, pisotéeme usted: soy la más vil de las mujeres!

El capellán la llevó dulcemente al confesonario; hízola que se arrodillara al pie de la reja, y sentándose en el sitial de roble y cuero, encajonado entre dos recias tablas, y apoyando su

frente en la ventanilla, dijo las palabras previas:

—Que Dios ilumine tu espíritu para que hagas una confesión aceptable a sus divinos ojos. Reza el *Yo pecador.*

Rezado éste por la penitente, añadió:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado original concebida—respondió aquélla con voz opaca.

—¿Cuándo te confesaste?

—Hace ocho días.

—¿Cumpliste la penitencia?

—Sí, padre.

—Dí tus pecados.

Larga, muy larga, dolorosa, muy dolorosa, fué aquella confesión en la que alternaban, ya la voz del arrepentimiento, ya la del orgullo, que intenta disculparse.

—No sé cómo fué, padre mío; sus besos me quemaron la sangre; no pude resistir; le aseguro a usted que no pude resistir; me apretaba, me oprimía sin piedad; tengo en los hombros y en los senos las señales de sus dientes... ¡Estaba loco! ¡si hubiera usted visto su audacia y la fuerza con que me dominó! Fué tal la rapidez y el número de sus caricias que... todo lo olvidé,

contagiada de su demencia... Cuando aquello acabó, me desprendí horrorizada, llena de azoramiento, de sus brazos, y él quedó allí retorciéndose como un energúmeno. Desolada, recorrí varias piezas, salí al corredor, bajé al jardín, sin darme cata de que estaba casi desnuda; el frío de la noche me lo advirtió, y subí, pero sin atreverme a entrar en mi alcoba: tenía un miedo espantoso de que me atrapara de nuevo... y, sin embargo—¡qué miserable soy! ¡me da vergüenza recordarlo!—sentía, sí; sentía... deseos de volver... ¡En mi guardarropa me eché encima los trapos que hallé a la mano, y me vine a la capilla, a llorar, a gemir, a morirme de vergüenza!...

—Hija mía—dijo don Jacinto cuando aquel alud de frases se hubo contenido, y con la indulgencia que halla humanas todas las caídas—, cálmese usted; no es usted impecable; es usted una criatura vil como todas... ¡Humíllese usted, abísmese ante la infinidad de su miseria! Cayeron los ángeles, cayeron los cedros del Líbano... ¡cuanto más usted, pobre mujer, cuanto más usted! Nada podemos por nosotros mismos, hija; nuestra sola fortaleza es Dios: *fortitudo mea Domine...* Por eso los santos desconfiaban de su

debilidad y, en las grandes tentaciones, decían con San Pablo: *Omnia possum in Eo qui me con fortat...*

—Mas ahora, ¿qué haré, padre?

—¡Qué hará usted!—exclamó el sacerdote, en quien se despertó súbitamente, al oir esta pregunta, el rigorismo del asceta.—En primer lugar, ya lo he dicho, humillarse; en segundo, expiar. ¡Ah! ¡no lo perdemos todo en nuestras caídas, hija, puesto que la infinita misericordia de Dios nos deja como supremo refugio, para salvarnos de la pena eterna, la santa mortificación a que dan valor infinito los merecimientos de Jesucristo! Tome usted su cruz con denuedo, y siga al doliente Maestro por la vía de la amargura; ascienda usted con él al Calvario!

—Sí, sí—respondió la matrona con esa resolución que dan el remordimiento, la entereza de carácter y la severidad consigo mismo, cualidad ésta última dominante en doña Francisca—, sí, lo haré y Dios no podrá resistir al grito de mi contrición. Me ceñiré cilicios, me desgarraré con disciplinas, me extenuaré con ayunos, crucificaré mi cuerpo con Jesús mientras duren los días de mi vida miserable. Dice usted bien: la

expiación es lo único que quizá pueda algún día reconciliarme conmigo misma, quitarme este asco profundo que me tengo... ¡oh! ¡Dios mío, este asco, este asco insoportable!

La penetración del sacerdote descubrió en las últimas palabras de la penitente el grito del orgullo más que el de la contrición, e interrumpiéndola con gesto brusco:

—¡No, hija mía—observó—, no es eso lo que Dios quiere de usted! ¡La disciplina, el cilicio, el ayuno! ¡Formas... formas!... ¡La sed del tormento físico! ¡Orgullosa represalia contra el desmán de la carne! ¡No es eso, no es eso! ¿Desea usted expiar su pecado? Pues acepte desde ahora, incondicionalmente, sin una queja, sin un movimiento de rebelión, las penalidades que Dios le envíe. El es el supremo compensador, y le ofrecerá los medios más adecuados para purgar su delito. Escogiendo usted la manera de atormentarse ¿no se complace quizá en la elección? ¿No obra por determinación de su propia voluntad? En cambio, aceptando lo que el Señor le envíe, abdica usted hasta de este último privilegio, sometiéndose toda a la voluntad divina, que obrará en usted su obra de redención. Sea

usted ante los designios de lo alto como el barro en las manos del alfarero; sujétese en absoluto y de antemano a la disciplina celeste sin una sombra de resistencia, *perinde ac cadaver.* ¡Oh! ¡Dios elegirá sin duda esa expiación, hija mía, conforme a sus sapientísimos fines! Las contrariedades, las dolencias, las grandes humillaciones... ¡qué sabemos nosotros! Acaso—añadió con tono inspirado—acaso ese vil contubernio, perpetrado con grave olvido de usted misma, con gravísimo ultraje a Dios Nuestro Señor, no sea estéril... (la penitente se estremeció con rudo estremecimiento, y dejó escapar un sollozo de angustia). Acaso tenga fruto... un fruto de ignominia: la más tremenda, la más espantosa forma de expiación, porque irán con ella el sarcasmo, el escándalo y la vergüenza!

—¡Pero eso sería horrible, padre!

—¡Y qué! El pecado ¿no lo es? Usted, ruin hormiguilla ¿se rebelará contra una humillación merecida cuando el Impecable sufrió que le llamasen hechicero y endemoniado?... Yo no digo que así será—prosiguió el sacerdote con voz más tranquila—; pero bien pudiera acontecer que el Señor la hiriese en lo que más ha amado:

en su reputación sin tacha de viuda honrada, y entonces... Él le daría fuerza para no ocultar esa gestación vergonzosa, para mostrarla... Sí, no se espante usted, alma pequeña: para mostrarla ante la mirada burlona de los suyos, de los que la vieron siempre sin mácula. ¡Oh, qué gran expiación!—y aquel hombre inflexible, prosélito inconsciente del inexorable Jansenius, sentía una oleada de pío entusiasmo—¡qué gran expiación, hija!... Entonces sí que crucificaría usted con Cristo su amor propio, sus humanos respetos, su alma entera, que sangraría como sangraron las carnes del Maestro en el cruento holocausto. ¡Qué corona de gloria para la que sabe expiar así!... Yo no digo que eso será—repitió el extraño rigorista—pero si sucediese, si el Señor la acrisolara a usted de esta suerte... ¡qué mejor prueba de que la amaba con dilección inmensa, Él que jamás escatimó a sus siervos el oprobio!...

✠

. . . . . .

Y las palabras del tremendo profeta se realizaron.

IX

Profundos suspiros interrumpían la plática del confesor, que se oyó aún serena durante varios minutos, terminando con un:

—Diga usted el *Señor mío Jesucristo.*

Balbuceó la pecadora esta oración: supremo y doloroso grito de arrepentimiento, y por fin, en el silencio de la capilla, a la cual llegaban apagados y confusos los mil rumores de la ranchería, se escuchó, solemne, el

—*Ego te absolvo á pecatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritu Sancto.*

Don Jacinto se levantó en seguida del confesonario, y después de acercarse a la penitente y murmurarle al oído: «Ve en paz y ruega a Dios por mí», echó a andar hacia la sacristía para revestirse.

Aún hubiera permanecido la señora largo

tiempo inmóvil junto a la reja, si no llega una criada que la buscaba por toda la casa para decirle que el niño Pascual estaba muerto, muerto de seguro, en el cuarto de ella, tendido cuan largo era en el suelo y arrojando sangre por boca y narices... La señora tuvo un estremecimiento espantoso, y con voz enronquecida ordenó a la fámula:

—Que vayan a Villarreal por el médico, y avisa lo que ha pasado al padre; allí está en la sacristía.

Después, con gran asombro de la sirviente, siguió orando.

El médico llegó sólo para diagnosticar una hemorragia cerebral con inundación ventricular, ocasionada por alguna intensa conmoción fisiológica debida a la histeria mental. Pascualillo, víctima hacía tiempo de un eretismo del cerebro, era idóneo candidato para un fin semejante.

El muerto, en tanto, tendido ya en la vieja cama donde los padres de doña Francisca reposaron sus noches de amor, sonreía, con esa irónica sonrisa-mueca de los cadáveres, estereotipada, definitiva, que ya no cesaría, que continuaría en los maxilares descarnados, a través de los osarios, hasta que todo volviera al polvo de donde vino.

Esa sonrisa, su actitud de inmenso abandono ante la naturaleza y la mirada fija de sus ojos vidriados, que enturbiaba un humor viscoso, parecían decir con el mudo lenguaje de lo inmutable:

—He aquí que se ha disociado este accidental núcleo de fuerzas de mi existencia física... Ignotos ímpetus y tendencias hereditarias me llevaron, primero a la lujuria y después a la muerte... Yo no había nacido para amar el ideal y no hubo en mi espíritu un rinconcito donde el ideal se acurrucase... Una necesidad orgánica me impulsaba a apacentarme en el placer, y en él abrevé mi anhelo sitibundo... Ahora ya no desearé más, ya no sentiré más estremecimientos, ni me atormentarán más avideces. Digo a la podredumbre: «Tú eres mi madre»; y a los gusanos: «Vosotros sois mis hermanos y mis hermanas.» Ellos, a su vez, se apacentarán en mi carne y a su vez morirán, llevando algo mío a esa obrera incansable que se llama la tierra, y a esa incansable transformadora que se llama la fuerza.

Tal parecían decir aquel abandono supremo, aquella mirada fija y aquella mueca estereotipada, definitiva, que ya no cesaría, que continuaría en los maxilares descarnados, hasta que el cuerpo volviese al polvo de donde vino...

X

En el silencio de la capilla, ante la Virgen de la Soledad, inmovilizada en su actitud de mística desolación, doña Francisca continuaba orando, con angustia y miedo, porque sentía sobre su espíritu, sobre su cuerpo, sobre su vida toda, que ya no sería sino un expiar incesante, la presión regeneradora, pero terrible y misteriosa, de la madre de Dios...

México, Noviembre de 1896.

EL DONADOR DE ALMAS

Ten cuidado: jugando uno al fantasma, se vuelve fantasma.

(Máxima de Kabbala.)

A

JOSEFINA TORNEL

amica in gaudio
soror in tenebris.

AMADO NERVO

DIARIO DEL DOCTOR

El doctor abrió su diario, recorrió las páginas escritas, con mirada negligente: llegó a la última, sobre la cual su atención se posó un poco más, como queriendo coger el postrer eslabón a que debe soldarse uno nuevo, y en seguida tomó la pluma.

En el gabinete *se oía el silencio*, un silencio dominical, un silencio de ciudad luterana en día de fiesta.

México se desbandaba hacia la Reforma, hacia los teatros, hacia los pueblecillos del Valle; y en Medinas todo era paz: una paz de calle aristocrática, turbada con raros intervalos por el monofónico rodar de un coche o por la bocanada de aire que arrojaba, indistinto y melancólico,

a los hogares, un eco de banda lejana, un motivo de *Carmen* o de *Aída*.

El doctor—decíamos—tomó la pluma y escribió lo siguiente, a continuación de la última nota de su diario:

«Domingo 14 de Julio de 1886. — Estoy triste y un poco soñador. Tengo la melancolía del atardecer dominical. La misma total ausencia de afectos... ¡Ni un afecto! *¡Mi reino* por un afecto!... Mi gato, ese amigo taciturno de los célibes, me hastía. Mi cocinera ya no inventa, y encalvece sobre sus guisos; los libros me fatigan: ¡siempre la misma canción! ¡Un horizonte más o menos estrecho de casos! Sintomatologías adivinables, diagnósticos vagos, profilaxis... ¡Nada! *Solo sé que no sé nada*. Sabiamente afirma Newton que los conocimientos del hombre con relación a lo ignorado son como un grano de arena con relación al Océano.

»Y yo sé mucho menos que Newton supo. Sé sobre todo que no soy feliz... Vamos a ver: ¿qué deseo?, porque esto es lo esencial en la vida: saber lo que deseamos, determinarlo con precisión... ¿Deseo acaso *tener un deseo* como el viejo de los Goncourt? ¡No! Ese viejo, según ellos, *era*

la vejez, y yo soy un viejo de treinta años. ¿Deseo por ventura dinero? El dinero es una perenne novia; pero yo lo tengo y puedo aumentarlo, y nadie desea aquello que tiene o puede tener con facilidad relativa. Deseo tal vez renombre... Eso es, renombre, un renombre que traspase las lindes de mis país... *et quid inde?*, como dicen los ergotistas, o *à quoi bon?*, como dicen los franceses. Recuerdo que a los diez y seis años deseé tener cien pesos para comprarme un caballo. Los tuve y compré un caballo, y vi que un caballo era muy poca cosa para volar; a los veinte deseé que una mujer guapa me quisiera, y advertí poco después que todas las mujeres guapas lo eran más que ella. A los veinticinco deseé viajar: *world is wide!*, repetía con el proverbio sajón, y viajé y me convencí de que el planeta es muy pequeño, y de que si México es un pobre accidente geográfico en el mundo, el mundo es un pobre accidente cósmico en el espacio...

»¿Qué deseo, pues, hoy?

»Deseo tener un afecto diverso del de mi gato. Un alma diversa de la de mi cocinera, un alma que me quiera, un alma en la cual pueda impri-

mir mi sello, con la cual pueda dividir la enorme pesadumbre de mi yo inquieto... Un alma... *¡Mi reino* por un alma!»

El doctor encendió un segundo cigarro — la sutil penetración del lector habrá adivinado sin duda que ya había encendido el primero—y empezó a fumar con desesperación, como para aprisionar en las volutas de humo azul a esa alma que sin duda aleteaba silenciosamente por los ámbitos de la pieza.

La tarde caía en medio de ignívoma conflagración de colores, y una nube purpúrea proyectaba su rojo ardiente sobre la alfombra, a través de las vidrieras.

Chispeaban tristemente los instrumentos de cirugía, alineados sobre una gran mesa como los aparatos de un inquisidor. Los libros dormían en sus gavetas de cartón con epitafios de oro. Una mosca ilusa revoloteaba cerca de los vidrios e iba a chocar obstinadamente contra ellos, loca de desesparación ante aquella resistente e incomprensible diafanidad.

De pronto, ¡tlin!, ¡tlin!, el timbre del vestíbulo sonaba.

Doña Corpus, el ama de llaves del doctor—

cincuenta años y veinticinco llaves—entró al estudio.

—Buscan al señor...

—¿Quién? — (bostezo de malhumorado)—. ¿Quién es?

—El señor Esteves.

(Expresión de alegría.)

—¡Que pase!

Y el señor Esteves pasó.

LA DONACIÓN

Doctor—dijo el señor Esteves, alto él, rubio él, pálido él, con veinticinco años a cuestas y a guisa de adorno dos hermosos ojos pardos, dos ojos de niebla de Londres estriados a las veces de sol tropical—, vengo a darte un gran sorpresa.

—Muy bien pensado — replicó el doctor—; empezaba a fastidiarme.

—Ante todo, ¿crees que yo te quiero?

—¡Absolutamente!

—¿Que te quiero con un cariño excepcional, exclusivo?

—Más que si lo viese...; pero siéntate.

El señor Esteves se sentó.

—¿Crees que a nadie en el mundo quiero como a ti? ¿Crees en eso?

—Como en la existencia de los microbios... ¿pero vienes a administrarme algún sacramento?, o ¿qué te propones haciéndome recitar tan repetidos actos de fe?

—Pretendo sencillamente dar valor a mi sorpresa.

—Muy bien; continúa.

—Todo lo que soy, y no soy poco, te lo debo a ti.

—Se lo debes a tu talento.

—Sin ti, mi talento hubiera sido como esas flores aisladas que saturan de perfumes los vientos solitarios.

—Poesía tenemos.

—Todo hombre necesita un hombre...

—Y a veces una mujer.

—Tú fuiste mi hombre; tú creíste en mí; tú hiciste *que llegara mi día;* tú serviste de sol a esta pobre luna de mi espíritu; por ti soy conocido, amado; por ti vivo, por ti...

—Mira: capítulo de otra cosa, ¿no te parece?...

—Repito que pretendo sencillamente dar valor a mi sorpresa.

—Pues supongamos que su valor es ya in-

apreciable... Oye, poeta: cierto es que yo te inventé; mas si no te hubiese inventado, otro lo habría hecho. Yo no creo en los talentos inéditos, como no creo en los soles inéditos. El talento verdadero siempre emerge; si el medio le es hostil, lo vence; si es deficiente, crea un medio mejor... ¿Estamos? Si tú hubieras resultado al fin y al cabo una nulidad, arrepintiérame de haberte inventado, como dicen que le pasó a Dios con el mundo la víspera del Diluvio. ¿Vales, brillas? Estoy recompesado por mi obra y orgulloso de ella. La gratitud es accidental. La acepto porque viene de ti; pero no la necesito para mi satisfacción y mi contento... Ahora, sigue hablando.

—Pues bien: hace un año—un año, ¿te enterás?—que pienso todos los días—todos los días, ¿te fijas?—en hacerte un regalo.—(Aquí el doctor frunció el ceño.)—Un regalo digno de ti y digno de mí; un regalo excepcional; y después de trescientos sesenta y cuatro días de perplejidades, de cavilaciones, de dudas... he encontrado hoy ese regalo.—(Segundo fruncimiento de cejas del doctor.)—Mejor dicho, no lo he encontrado: descubrí simplemente que lo poseía,

como el escéptico del cuento descubrió que andaba.

—¿Y ese regalo?

—Vine a ofrecértelo.

Andrés se levantó como para dar mayor solemnidad a su donación, y con voz cuasi religiosa y conmovida, añadió:

—¡Doctor, vengo a regalarte un alma!

El doctor se levantó, a su vez, y clavó sus ojos negros—dos ojos muy negros y muy grandes que tenía el doctor: ¿no lo había dicho?—en los de su amigo, con mirada sorprendida e inquieta.

—Tomaste mucho café esta tarde, ¿verdad?—preguntó—. No me haces caso, y tu cerebro la paga. Eres un perpetuo hiperestesiado...

—Esta tarde me dieron un café que amarillecía de puro delgado—replicó el otro con sencillez—. Creo que existe un complot entre mi cocinera y tú... No hay, pues, tal hiperestesia. Lo que te digo es cierto como el descubrimiento de América, a menos que el descubrimiento de América sea sólo un símbolo; vengo a regalarte un alma.

—En ese caso, explícate.

—Me parece que hablo con claridad, Rafael—el doctor se llamaba Rafael—: un alma es una entidad espiritual, substantiva, indivisa, consciente e inmortal.

—O la resultante de las fuerzas que actúan en nuestro organismo, como tú quieras.

—No—dijo Andrés con vehemencia—, ¡eso es mentira! Un alma es un espíritu que informa un cuerpo, del cual no depende sino para las funciones vitales.

—No discutiremos ese punto. Concedido que es un espíritu, *et puis après?*

—Te hago, por tanto, la donación de un espíritu.

—¿Masculino o femenino?

—Los espíritus no tienen sexo.

—¿Singular o plural?

—Singularísimo.

—¿Independido de un organismo?

—Independido cuando tú lo quieras.

—Y ese organismo, si la pregunta no implica indiscreción, ¿es masculino o femenino?

—Femenino.

—¿Viejo o joven?

—Joven.

—¿Hermoso o feo?

—¿Y qué te importa, si yo no te regalo un cuerpo, sino un alma?

—Hombre, no está de sobra conocer a los vecinos...

—No debo decirte más. ¿Aceptas el regalo?

—Pero, ¿hablas en serio, Andrés?

—Hablo en serio, Rafael.

—Mírame bien.

(Pausa, durante la cual ambos *se miraron bien.)*

—¿De verás no tomaste café cargado hoy?

—De veras.

—Bueno, pues lo acepto; sólo que...

—No preguntes, que no te responderé.

—En ese caso lo acepto sin preguntar; pero... ¿traerías por ventura esa alma en la cartera?

—No, esa alma será tuya mañana.

—¿Otro enigma?

—Otro enigma. Hasta luego, Rafael.

—Hombre, podríamos cenar juntos sin perjuicio de la donación.

—No, no podríamos. Tengo un quehacer urgente.

—¿Relativo al alma?

—Quizá. Hasta luego.

Y después de un cordialísimo apretón de manos, los dos amigos se separaron.

La noche avanzaba con lentitud, ahogando en su marejada los últimos lampos en combustión del horizonte.

EL FIN DEL MUNDO

Diario del doctor.—Lunes 15 de Julio.

«Esteves ha venido ayer a ofrecerme un alma. Me inspira gran inquietud ese muchacho. Tiene delirios lúcidos de un carácter raro. Hace cuatro años que pretende poseer una fuerza psíquica, especial para encadenar voluntades. Afirma que dentro de poco tiempo hará un maniquí, sin más cogitaciones y voliciones que las que él tenga a bien comunicarle, de todo hombre a quien mire durante cinco minutos. ¡Es asombrosa la persistencia de su mirada! Sus hermosos ojos grises se clavan como dos alfileres en la medula de nuestro cerebro.

»Tiene actitudes de hierofante, se torna a las veces sacerdotal. O está loco o es un capullo de maravilla futura ese poeta.»

Abierta la ventana del consultorio, había entrado a la pieza un pedazo de día: de un día canicular, caldeado por el sol.

Doña Corpus asomó por la puerta del fondo sus gafas y su nariz: una nariz que, como la de Cirano, estaba en perpetua conversación con sus cejas: dos cejas grises bajo el calvario de una frente de marfil viejo.

—Han traído esta carta para usted—dijo.

Y añadió:

—¿Qué hacemos ahora de comer?

—Lo que usted quiera: estoy resuelto a todo.

—Como cada día le veo a usted más desganado.

—Precisamente por eso... Lo que usted quiera: inclusive sesos.

—No sé por qué odia usted los sesos...

—Se me figura que me como el pensamiento de las vacas.

—¡Qué cosas dice usted, señor! Bien se conoce que se va volviendo usted masón. Valía más que se acabara el mundo.

Doña Corpus estaba empeñada en que se acabara el mundo cuanto antes. Era su ideal, el ideal que iba y venía a través de su vida de quin-

tañona sin objeto. Noche a noche, después del Rosario, rezaba tres Padrenuestros y tres Avemarías por que llegara cuanto antes el juicio final. Y cuando le decían: «Muérase usted, y le dará lo mismo», respondía invariablemente:

—No; sería mejor que muriésemos todos *de una vez.*

Suplicamos al lector que no censure a doña Corpus, en nombre de la libertad de ideas que constituye la presea más valiosa de nuestro moderno orden social.

El ama de llaves no conculcaba con su ideal ninguno de los artículos de la Constitución del 57; no vulneraba los derechos de tercero; su proyecto de ley—draconiana sin duda—, a ser legisladora, habríase reducido a esta cláusula:

«Acábese el mundo en el perentorio plazo de cuarenta y ocho horas.»

Pero el mundo, maguer doña Corpus, continuaba rondando al sol, y el sol continuaba rasgando el éter en pos de la *zeta* de Hércules, sin mayor novedad.

Por lo que nadie puso coto jamás al ideal de doña Corpus.

El doctor rompió el sobre de la carta.

La carta era de mujer: una ardua red de patas de mosca, un poco menos difícil de descifrarse que las primordiales escrituras cuneiformes.

Decía:

«Señor:

»Mi amo y dueño ha tenido a bien donarme a usted, y a mí sólo me toca obedecerle. Soy suya, y aquí me tiene; disponga de mí a su guisa. Y como es preciso que me dé un nombre, llámeme *Alda*. Es mi nombre espiritual:—el nombre que unas voces de ultramundo me dan en sueños, y por el cual he olvidado el mío.»

Sin firma.

EL REGALO DEL ELEFANTE

HAY un previo sobrecogimiento cuando nuestro espíritu va a cruzar el dintel de la maravilla.

Nuestro espíritu se dice, como los israelitas ante los truenos y relámpagos de Sinaí: «Cubrámonos el rostro, no sea que muramos.»

El doctor experimentó este sobrecogimiento previo, porque *empezaba a creer* en el conjuro.

Así son todos los escépticos: capaces de admitir hasta la inmortalidad *retrospectiva* del cangrejo y la trisección de los ángulos y el mundo subjetivo de Kant.

No hay *cosa* más crédula que un filósofo.

No erraríamos si dijésemos que al doctor se le alteró la digestión que iba a hacer de los sesos condimentados por doña Corpus, —la catasalsas más técnica que pueda darse...

Se le alteró *en potencia, virtualmente,* intuitivamente... pero se le alteró.

—Bueno—se dijo—; y ahora ¿qué hago yo con un alma?

(El autor de esta historia preguntó en cierta ocasión a una tonta: —¿Quieres un sueño? ¿Me permites que te regale un sueño?—Y la tonta, la adorable tonta, le respondió con un *esprit* indigno de ella: —Amigo, ése es el regalo del elefante.—Pues lo propio pensó el doctor: —¿Un alma? ¡Pero un alma es el regalo del elefante!

—Veamos en qué puedo yo utilizar esta alma: ¿Le pediré un afecto, ese afecto exclusivo con que ayer deliraba? ¡Pero si por lo mismo que es *mía* no puedo exigir de ella más que la sujeción absoluta, y la sujeción absoluta no es el afecto! Las odaliscas del Sultán no aman al Sultán. Una mujer no ama sino en tanto que es dueña de sí misma, que puede *no amar*, no entregarse. Su propia donación es un testimonio de su voluntad, influída si se quiere por una atracción poderosa, pero capaz, cuando menos en el orden de las teorías lógicas, de resistirla.

A mí se me ha dado un espíritu, le llamaremos así; pero no se me ha dado un afecto.

Y el doctor cayó en la más parda de las cavilaciones.

—¡Oh!—añadió, porque hablaba solo. Ahora todo el mundo habla solo. Es preciso decirse las cosas en voz alta para que tengan sabor, como afirman algunos auto-dialogadores o auto-dialoguistas—. ¡Oh, si yo pudiese realizar con Alda el matrimonio cerebral soñado por Augusto Comte! No hay duda, éste es el solo connubio posible en el porvenir, cuando el maravilloso verso de Mallarmé sea el lema universal:

Helas! La chair et triste et j'ai lu tous les livres!

«¡Ay de mí! ¡La carne es triste y yo he leído todos los libros!»

»Un connubio así constituiría la felicidad suprema. ¿Por qué agoniza el amor en el matrimonio? Porque poseemos al objeto amado. No poseerlo por un acto generoso de nuestra voluntad, alta y purificada: he aquí la voluptuosidad por excelencia.

»¿Quién será aquel que haga deliberadamente de la mujer una estrella, que la coloque demasiado lejos de sus deseos, volviéndola así absolutamente adorable?

»¿Quién será? ¡Seré yo!... Pero, al obrar de tal

suerte, ¿no obro forzado por un deber? Yo no poseo más que a Alda, dado que Alda exista... Si poseyese a la «vecina» de Alda, es decir, a la mujer cuyo espíritu lleva ese extraño nombre, y con abnegada excelsitud la desdeñase para no acordarme más que de *la otra*, de la incorpórea, de la *preternatural* que me ha sido dada, mi sacrificio sería digno de mí...

»¡Ea, ensayaremos!»

Y el doctor pasó a su alcoba, no con el fin de *ensayar*, sino con el de vestirse para hacer sus visitas.

ALDA LLEGA

Mi querido Rafael:

»Supongo que Alda se habrá presentado ya, y que estarás contento de mi obsequio. Debo advertirte que bastará un simple acto de tu voluntad para que esa *alma* abandone el cuerpo que anima y vaya a tu lado. Sus facultades adivinativas, maravillosamente desarrolladas, pueden

serte de inmensa utilidad en tu profesión. Sólo una cosa te recomiendo: *que no retengas demasiado a Alda fuera de su cuerpo.* Podría ser peligroso. En cuanto a que no procurarás ponerte en contacto con ese cuerpo que anima, seguro estoy de ello. Creer lo contrario sería ofenderte.

»Yo te he regalado un alma, sólo un alma, y me parece que ya es bastante.

»Mañana salgo para Italia, y ésta será, por tanto, mi despedida. Volveré dentro de tres o cuatro años. Adiós. Sé que no te dejo solo, pues que te quedas con *ella.*

Tuyo,

ANDRÉS ESTEVES.»

Apenas hubo el doctor leído esta carta cuando, encerrándose *a piedra y cal* en su consultorio, llamó a Alda.

Un instante después, sintió que Alda estaba a su lado.

El diálogo que siguió fué del todo mental.

Alda saludó al doctor.

—¿Cómo has hecho para venir?—dijo éste.

—He caído en sueño hipnótico

—¿Y qué explicación darás de él a los tuyos cuando despiertes?

—Vivo sola, sola absolutamente, la mayor parte del día.

—¿En dónde?

—En la celda de mi convento.

—Pues qué, ¿hay aún conventos en México?

—Muchos.

—¿Y cómo se adueñó de ti Andrés?

—Andrés posee facultades maravillosas de que no debo hablar.

—¿Eres la única alma poseída por él?

—Posee muchas.

—¿Y qué hace de ellas?

—Las emplea para ciertas investigaciones.

—¿De qué orden?

—De orden físico y metafísico. Algunas, obedeciendo a su voluntad, viajan por los espacios. Sé de cierta hermana mía que debe de estar ahora en uno de los soles de la vía láctea; otra recorreen la actualidad los anillos de Saturno.

—¿Y tú has viajado?

—¡Mucho, mucho! He recorrido seiscientos planetas y dos mil soles.

—¿Y qué objeto se propone Andrés al imponeros esos viajes?

—Perfeccionarnos y perfeccionarse, adquiriendo una amplia noción del Universo.

—Di, Alda — y la voz del incrédulo doctor temblaba—, ¿has visto a Dios?

El alma se estremeció dolorosamente.

—Todavía no. Me he contentado con presentirle... Pero dejemos estas cosas; ¿podrías utilizarme en algo?

—Tú misma debes sugerirme en qué.

—Es muy fácil, y Andrés ya te lo sugiere en su carta. Estando yo a tu lado, no habrá dolencia que no diagnostiques con acierto, que no cures con habilidad, menos aquellas que fatalmente estén destinadas a matar.

—¿Tanto sabes, Alda?...

—Durante mi sueño hipnótico, sí. En estado de vigilia soy una mujer ignorante.

—¿Hermosa o fea?

—No lo sé, porque jamás me he visto en un espejo y nadie me lo ha dicho.

—Pero... en la hipnosis te sería fácil saberlo.

—No quiero saberlo tampoco.

—Convengamos — pensó el doctor — en que

esta Alda es maravillosa. Una mujer que no se ha visto jamás en un espejo...

Y añadió, dirigiéndose a ella:

—Alda, los servicios que me ofreces son inapreciables. Merced a ellos podré hacerme célebre y millonario en poco tiempo... Pero hay una dicha que yo ansío más que la celebridad y los millones... Necesito un cariño: un cariño que hace quince años busco en vano por el mundo— la voz del doctor se conmovía sinceramente—. ¿Podrías amarme, Alda?

Algo como la sombra de un suspiro pasó por los oídos del doctor.

Hubo un instante de silencio.

Después, Alda respondió:

—¡Es imposible!

—¿Imposible?

—¡Imposible!

—¿Y por qué?

—Porque el amor radica en la voluntad y yo no tengo voluntad propia.

—Pero ¿si yo te ordeno que me ames?...

—¡Será en vano! Será lo único que no debas ordenarme... Durante mi estado hipnótico, dependo de ti más que el azor de la mano de la

castellana, y, por lo tanto, mi voluntad es nula. Durante mi vigilia soy otra, otra que sólo pertenece a Cristo...

—Pero ¿Cristo te permite subordinarte a mi voluntad?

—Sin duda... en sus designios inexcrutables.

—¡Oh, ámame!

—¡Imposible!

El doctor sintió que empezaba a flotar en su espíritu una nube de angustia... ¡infinita, infinita, infinita!

—¡Alda! — añadió con voz profundamente triste—. ¡Alda! ¡Si tú me amaras, tu nombre sería tan dulce para mí como un elogio en la boca de un maestro; *como un vocablo del patrio idioma escuchado en suelo extranjero!*... Mas presiento que voy a adorarte locamente y que mi adoración será mi locura.

—¡Quién sabe!... — murmuró Alda—. ¡Quién sabe!

LOS PERIÓDICOS, ETCÉTERA

Recorte de un periódico de gran circulación, del año de 1886, año en el cual no había aún entre nosotros periódicos de gran circulación:

«No se habla en la ciudad más que de las maravillosas curaciones realizadas por el doctor Rafael Antiga, una de nuestras eminencias médicas. Sus diagnósticos son de una admirable lucidez, y sus fallos inapelables.

»El doctor rehusa encargarse de la curación de aquellos a quienes pronostica la muerte; mas, no mediando tal pronóstico, el enfermo que pasa por sus manos sana *sin excepción*.

»El Consultorio del doctor, calle de Medinas, número... vasto como es, apenas alcanza a dar cabida al sinnúmero de enfermos de todas las clases sociales que lo invaden.

»Hay quien afirma que nuestro galeno echa

mano de agentes hipnóticos, hasta hoy desconocidos, para sus curaciones. Sea como fuere, sus pronósticos son inexplicables por su infalibilidad.

»El doctor Antiga se hará millonario en breve tiempo, recorriendo el mundo para hacer curaciones en casos desesperados.

»Sabemos que pronto saldrá para Europa.»

—Alda, para los espíritus no hay distancias. ¿Podrías acudir a mí si te llamase desde París?

—Si me llamases desde Sirio, acudiría con la misma rapidez...

—Alda, tú eres mi Dios, tú eres mi todo... ¡ámame!

—¡Imposible!

—Te adoro...

—¡Imposible!

—Padezco mucho...

—¡Imposible!

Traducción de un *entrefilet* aparecido en Marzo de 1887 en *Le Journal*, de París.

«Hace una semana que llegó a la metrópoli, alojándose en el GRAND HOTEL, el facultativo

mexicano M. Rafael ANTIQUE (error de caja en el apellido Antiga), el cual se ha hecho notar por sus diagnósticos precisos, infalibles, y por lo acertado de sus procedimientos terapéuticos. El jueves último, en una sesión efectuada en la Salpetrière, a la cual concurrieron varias eminencias médicas, diagnosticó más de veinte casos raros, que le fueron presentados al efecto, y prescribió tratamientos cuyos resultados han sido pasmosos por su rapidez.

»El doctor ANTIQUE (Antiga) es un hombre de treinta años, alto, ligeramente moreno; lleva la barba *a lo príncipe de Gales;* viste con suma elegancia, *no obstante ser americano*, y no trae los dedos cuajados de sortijas. Antes de diagnosticar un caso, se abstrae profundamente, como si dentro de sí mismo consultase a *alguien*, y por sus hermosos ojos negros pasan infinitas vaguedades. Parece un fakir en éxtasis. Hay quien dice que es un judío poseedor de los secretos de Salomón; por supuesto que no es médico el que esto afirma... *celà va sans dire.*»

El *entrefilet* continúa en tono de *blague:*

«Doctor Antiga's Wonders.

»Título de un *entrefilet* del *Times*, de Londres, en el cual se loa hasta la hipérbole (no reñida con la flema característica de John Bull) al *famous Mexican doctor*, por sus curaciones «TRULY WONDERFUL...»

Y basta de Prensa.

Así los periódicos que ven la luz rojiza del sol boreal de seis meses—un sol enorme, que parece dar su mamila de fuego a la luna—como los que salen a la luz llameante del trópico; lo mismo los espirituales diarios latinos, que en cuatro páginas dicen cuanto hay que decir y *algo más*, que los *protocolos* americanos, que en diez y seis páginas suelen no decir nada, se ocuparon durante los años de 1886 a 1890 del facultativo mexicano, honra de este país inédito, en particular, y de la América latina—tierra clásica de los pronunciamientos—en general.

En 1890, el lector, si le place, tornará a encontrar al doctor en las circunstancias que en seguidan se expresan.

SOR TERESA

RAFAEL acababa de tratar un complicado caso de histeria en una gran dama de la corte moscovita, de apellido *erizado* de *efes*, y, recluído en el gabinete de su *villa*—gran villa y gran gabinete—a la luz de cuatro focos incandescentes que caricaturizaban al día y burlaban a la noche en la vasta estancia tapizada de seda verde nilo y amueblada suntuosamente, conversaba con Alda.

No hay hombre que no se familiarice con el prodigio, lo mismo Moisés que un sacristán de pueblo; y el doctor asistía ya sin pasmo, sin asombro, sin miedo, a la epifanía frecuente de aquella alma que de un hemisferio acudía al otro, al simple llamado mental de su dueño.

Se empieza por retroceder ante el abismo y se acaba por *tutear al abismo*. A fuerza de cabalgar en Al Borak se pierde el miedo a Al Borak.

Rafael podía decir con verdad: «el prodigio y yo somos amigos íntimos».

Cuatro años de triunfo, cuatro años de exhibición, de teatralismo médico—el énfasis y el teatralismo son indispensables en el mundo, aun a los verdaderos sabios—habían hecho de él una celebridad universal.

Enloquecido y embriagado por los honores; deslumbrado por el halo de prestigio que coruscaba en su cabeza; seducido por las rojas bocas que dondequiera le sonreían; por las acariciadoras pupilas que encendían toda la pirotecnia de sus miradas para deslumbrarle; por los hombros blancos y las manos blancas, azuleantes de sangre patricia, ¡cuán poco pensaba el hermoso ga-

leno en que allá, muy lejos, en la vieja ciudad de los reyes mexicas, en la celda desmantelada de un convento colonial, una mujer joven y... acaso bella, por su causa dormía luengas horas un sueño misterioso que en el convento se llamaba éxtasis, y traía intrigados a la comunidad, a la superiora, al capellán, al arzobispo y a media docena de *damas distinguidas de México*, que habían tomado bajo su protección a las *ovejitas de Dios*, poniendo entre ellas y las leyes de Reforma un misericordioso valladar de silencio y de disimulo!

La monja, que en religión se llamaba sor Teresa y en el siglo no tenía nombre, había aparecido un día en el locutorio de la casa, con una recomendación para la priora, suscrita por un «padre» de moda, y un bulto con humildes prendas de ropa bajo del brazo.

¿De dónde venía? No supo decirlo. Era casi idiota. Difícilmente enhebraba dos palabras; pero sus inmensos ojos obscuros hablaban por ella con miradas de una dulzura y de una extrañeza infinitas. Aquellas miradas no eran de este mundo: *venían de una patria lejana*.

Las religiosas la amaron y procuraron instruir-

a en las cosas de Dios; pero aprendió poco de *esas cosas;* estaba *ida.*

Clasificáronla con el brevete monástico de un *sor* seguido de un nombre: el de la fundadora de la orden, la maravillosa iluminada de Avila—docta y alta mujer que floreció en un docto y alto siglo—y dejaron que corriera en paz por el monótono cauce de la Regla y de las liturgias aquella vida que no era vida. Mas si sor Teresa no sabía hablar, sí sabía estar en éxtasis. Sus deliquios, al principio raros, hiciéronse frecuentes y llegaron a ser comunes desde el día en que Esteves donó al doctor el alma de la joven.

Las monjas estaban edificadas. Un viejo fraile que vegetaba en la sacristía de Santo Domingo, amortajado en su hábito de golondrina, fué consultado por la superiora; gran teólogo, y experimentado en los secretos de la mística, era, y aseguró, tras laboriosa observación y técnico exámen, que los éxtasis de aquella religiosa eran de carácter bueno y no diabólico: Dios los permitía para glorificación de su sierva y provecho de la comunidad, y la comunidad debía holgarse de que Dios fuese glorificado en sor Teresa, y sor Teresa glorificada en El y por El.

La priora, oída esta definición *ex-cáthedra,* murmuró un jesuítico *ad majoren Dei gloriam;* la comunidad respondió *amén,* y la religiosa continuó durmiendo su sueño en el sitial de roble y de vaqueta de su celda... pero adelgazando... adelgazando; palideciendo... palideciendo, en tanto que el doctor se coronaba de gloria y que el poeta Andrés Esteves recorría la tierra, seguido del cortejo de espíritus encadenados a su poder, como Orestes con su perenne séquito de Euménides.

Pero aquella noche el doctor estaba triste. Hallábase en uno de esos momentos de lucidez en que César se acuerda de que es mortal y en que Salomón, vestido de pompa, murmura: «Todo es vanidad.»

Ahora bien, cuando el doctor se acordaba de que *todo es vanidad,* sentía la nostalgia de los *afectos.* Se reputaba aislado en medio del infinito. Se sentía huérfano y abandonado a las sopas de sesos de doña Corpus, que le seguía por dondequiera con una legión de pinches de cocina a su servicio, cada día más contenta, porque cada día se acercaba el fin del mundo y el subsecuente Juicio Final.

Aquella noche, Alda había murmurado ya tres veces al oído de Rafael — decimos *al oído* para mayor claridad: — «Ya es tarde: es preciso que torne a mi celda.»

Pero el doctor le había respondido:

—No, aguarda aún, aguarda.

Y Alda aguardaba.

—Dime—insinuó el doctor—, ¿no hay medio alguno de que me ames?

—No hay medio alguno.

—Pero... ¡ten piedad de mí! Me estoy volviendo loco. ¡Es horrible esta sujeción tuya, esta implacable sujecion tuya, sin *una gota* de amor!— para Rafael el amor, como los venenos medicinales, solía ser asunto de gotas.

—No puedo amarte... ¡bien lo sabes!

—Y, sin embargo, es necesario que me ames; ¿lo oyes? ¡es necesario!

—Es necesario e imposible, en ese caso.

—Alda—y el doctor agitaba sus brazos en el vacío como si quisiera asir a aquel espíritu rebelde al amor y dócil al mandato, que estaba siempre a su lado sin voluntad... y sin cariño—. Alda, pactemos esta noche... Yo renunciaré a mis riquezas y a mi fama. Daré las primeras a los po-

bres y confinaré la segunda en el refugio más distante y más discreto de la tierra. Dejaré mis sueños como se deja un harapo azul que ya no sirve. Haré lo que tú quieras... Renunciaré aun a ver jamás el cuerpo que te sirve de cárcel... Pero tú, en cambio, serás mía, vendrás a mí como la esposa acude al reclamo del esposo; te amaré cuando estés conmigo, en alta contemplación y en impecable ensueño; te buscaré cuando estés lejos, con la angustiosa perplejidad del personaje de Hoffmann que había perdido *su sombra*. Vendrás a mí cuando tú quieras, y mi alma te dirá siempre *¡bien venida!*... ¿Quieres? ¡Ah! ¡Quiérelo por el amor de Dios! ¡Quiérelo en nombre del destino enigmático que nos ha unido!... ¡Quiérelo y seré bueno!, ¡seré creyente!, ¡seré humilde!... ¡Te amo!, ¡te amo!, ¡te amo!

Y transfigurado por la angustia, que es el tabor de los espíritus, el doctor se había arrodillado sobre la gruesa moqueta de la estancia.

Alda *suspiró* una vez más, y una vez más murmuró:

—¡Imposible!

El doctor, entonces, merced a una transición muy explicable — el que esto escribe se la ex-

plica cuando menos—, se puso en pie, y con ademán y gesto de personaje de novela, dijo secamente a Alda:

—¡Vete!

Luego, roto, despedazado por la emoción—mala traducción de *brisé par l'émotion*—, se dejó caer sobre un diván, exactamente como las mujeres que se desmayan.

Mas he aquí que tres minutos después *sintió* de nuevo la presencia de Alda, que *por primera vez* acudía sin ser llamada.

—¿A qué vienes?—preguntó Rafael.

—¡Sor Teresa ha muerto!

—¿Y quién es sor Teresa?

—Sor Teresa soy yo...

—¡Ha muerto!

—Recuerda que no debías retenerme mucho tiempo a tu lado y que hace veinticuatro horas que no te abandono...

—Pero... ¡esto no debe ser!; torna a ese cuerpo y anímalo.

—¡No puedo! Mi cuerpo ha sido sepultado...

—¡Sepultado! — clamó el doctor en el colmo de la estupefacción.

—Sepultado... y está desorganizándose ya.

—¿Y ahora?...—gimió Rafael.

—¡Y ahora!...—gimió Alda.

Y *ahora*, el autor da remate al capítulo *séptimo* de esta *cosa* que va formando un libraco cualquiera.

¿Y AHORA...?

Alda y el doctor se encontraban en una situacion análoga a la de dos niños que han roto un plato.

—¿Y ahora? — tornó a preguntar el segundo.

—¿Y ahora?—tornó a exclamar la primera.

La angustia y la perplejidad de aquel hombre y de aquella *media-mujer*, crecían como el horror con la sombra.

Si doña Corpus se hubiera encontrado presente en tan inefable pena, habría murmurado:

—¡Valía más que se acabara el mundo!

Pero doña Corpus mascullaba Padrenuestros en su habitación, pidiéndole a Dios que la conservase en su gracia santificante, en medio de las tierras de herejes por donde el doctor la traía al garete como a una pobre barca desarbolada.

—Es preciso que yo encarne en alguien—dijo por fin Alda—o que me marche resueltamente a la eternidad.

—Pero ¿en qué cuerpo voy yo a encarnarte ahora, mujer?

—En cualquiera, es preciso; ¿te imaginas que he de permanecer flotando en el vacío hasta que te plazca? Además, mi hora no ha llegado. Dios no me llama todavía. He muerto por un accidente imprevisto... No hay puesto para mí en el infinito...

—Pero yo no tengo manera de fabricarte un cuerpo... y en cuanto a los fabricados por la naturaleza, todos tienen alma...

—¡No lo creas! Busca una mujer hermosa, vana e idólatra de sí misma, y de seguro podré encarnar en ella.

—¡Magnífica idea! Mas ¿dónde hallarla?

—¡Eso abunda! ¡Vamos, búscala, luego, inmediatamente! ¡Tengo frío, el frío de ultratumba, el frío *de un gusano sobre un muerto!* ¡Ten piedad de mí! ¿No dices que me amas? Ahora yo también puedo amarte, como nadie te ha amado... Sor Teresa ya no existe. Soy dueña de mi voluntad, y por tanto de mis cariños. Te ado-

raré con la adoración que has soñado en tus años de soledad y de vacío moral... ¡Vamos, en nombre de ese amor de que estabas sediento, dame un cuerpo, un cuerpo que animar, o habré de abandonarte para siempre!...

El doctor se rascaba la cabeza, ni más ni menos que todos los hombres que se encuentran en trances tan apretados como el suyo...

En aquellos momentos, el gran péndulo de la pieza cantó las dos de la mañana con inflexiones robustas y solemnes.

—¡Las dos!... — murmuró Rafael—. Pero tú comprendes que a esta hora y con el frío que hace — invierno de Rusia—, ¡es imposible que encuentre *una mujer hermosa, vana e idólatra de sí misma!* Todas duermen...

Y sin embargo, es preciso que la encuentres... «luego, luego» ¿lo oyes? Siento que se aproxima una gran sombra y que intentan envolverme en sus pliegues... ¡Ten lástima de mí!... ¡ah!

—¡Alda!

—¡Rafael! ¡Rafael!

—¡Alda!

—¡Es imposible!

—¡Es indispensable!

El viento se enredaba en los abetos lejanos, sollozando un *lied* del Norte.

Dormía todo, envuelto en un silencio blanco...

De pronto:

—Oye, Rafael—sollozó Alda—, no hay tiempo que perder. La gran sombra se aproxima. Sólo un recurso me queda, y voy a echar mano de él.

—¿Y ese recurso?

—No te lo diré. Mas es preciso que duermas.

—¡Que duerma!

—Que duermas... Es el solo medio de salvarme.

—¡Explícate!

—¡No debo! ¡Si me amas, duerme!

—¿Estás segura de que así te salvo?

—Plenamente segura.

—Pero...

—¡No repliques, por Dios! ¡duerme! ¡duerme!

El doctor fué a buscar un pomo de narcótico, puso algunas gotas en un vaso mediado de agua, y bebió el contenido.

Momentos después se recostaba en el sofá y caía en un profundo letargo.

Lo que pasó entonces es breve y obvio de decir.

Alda, con una sutileza del todo espiritual, encarnó en el hemisferio izquierdo del cerebro del doctor, dejando confinado el espíritu de éste en el hemisferio derecho.

Y cuando Rafael despertó, ya entrado el día, merced a un caso único desde que el mundo es mundo, tenía dos almas...

YO Y YO

DESDE el conde Xavier de Maistre hasta Lindau, y antes y después de ellos, muchos filósofos han hablado de ese *alter ego* que forma con nuestro *yo* una dualidad extraña, que pugna con él a las vegadas y a las vegadas a él se une en maridaje íntimo; que ama con más frecuencia el debate que la harmonía, y que parece usufructuar, alternativamente con la individualidad primitiva, las células del cerebro.

Todos sentimos en nuestra conciencia a esos dos *personajes* que se llaman *yo* y *el otro*.

Todos escuchamos sus diálogos, sus controversias, sus querellas. Suelen besarse con efusión y suelen también, como los matrimonios mal avenidos y mal educados, *tirarse con los platos*.

Pero de fijo ningún hombre ha sentido jamás con tanta precisión y de un modo tan abrumador la presencia de esos dos *principios pensantes* como el doctor al levantarse.

¡En su cerebro había algo inverosímil! Había dos *entendimientos* y dos *voluntades* al propio tiempo...

Recordando la escena de la noche anterior e inquieto por su desenlace, el *hemisferio derecho* de Rafael pensó:

—¿Y Alda? ¿qué ha sido de Alda?

Y el *hemisferio izquierdo* respondió:

—Aquí estoy.

El hemisferio derecho se sobrecogió entonces de 'espanto, comprendiendo lo que había pasado... ¡Estaba perdido, perdido para siempre!

—¡Qué va a ser de mí!—dijo.

—Lo que Dios quiera—replicó el hemisferio izquierdo—. Por lo pronto, yo me siento feliz *bien hallada.*

—Bien *hallado,* debieras decir—afirmó con retintín el hemisferio derecho.

—¡Y por qué!

—¡Porque pertenezco al género masculino!

—¡No, por cierto: pertenecerás a medias!

—¡Soy hombre!

—¡Soy mujer!

—Pero entonces—dijo con infinita desolación el hemisferio derecho—: ¡qué va a ser de nosotros! ¡éste es un caso de hermafrodismo intelectual!

—Mejor que mejor... Mira, todos los dioses antiguos—y esto lo acabo de saber merced a los conocimientos que *nuestro cerebro* posee sobre el particular — han comprendido el principio masculino y el femenino. Por su parte los poetas, que son los seres más semejantes a los dioses, tienen en sí ambos principios. La virilidad y la delicadeza se alternan y se hermanan en su espíritu. ¿Por qué aman las mujeres a los poetas? Porque reconocen en los poetas *algo de ellas*... ¿De qué te lamentas, pues? Eras sabio, eras joven, eras bello, eras célebre y rico: hoy eres algo más: eres casi un dios...

El doctor—o mejor dicho, su hemisferio derecho—se sintió halagado y no replicó.

Hubo una pausa en el departimiento.

—Pero — insinuó después Rafael —, yo te amo y...

—¡Y qué!

—Al amarte va a ser inevitable que yo me ame a mí mismo.

—Cierto; mas ¿te disgusta, por ventura, esta forma del amor?

—Me parece rara simplemente.

—No lo creas... El hombre en realidad, al amar a una mujer, no ama en ella más que lo que él le da de ilusión, de belleza... Los iris de que la colora, la túnica de jacinto de que la viste, el segmento de luna de que la corona... Se ama, pues, a sí mismo, amándola a ella, y deja de amarla cuando la ha desnudado de aquel atavío con que la embelleció primero... En cuanto a la mujer, ésa *se enamora del amor que inspira*, esto es: de sí misma también. Conque ¿dónde está la extrañeza?...

—¡Bien discurres, Alda!

—Discurro con tu cerebro, Rafael. Ahora ya no sé más que lo que tú sabes... puesto que ya no floto en el infinito...

—¿Y me amas?

—Te adoro...

—¡Dame un beso!

—Tómalo.

Y el doctor *se dió* un beso... mental. (¿Cómo besarse de otra manera? ¡Sólo las mujeres saben besarse a sí mismas en los labios, a través del mar tranquilo del espejo!)

DIGRESIONES

Si Napoleón no hubiese vacilado una hora en Waterloo, no habría sido vencido.

Un solo instante de vacilación en los momentos solemnes de la vida tiene resonancias formidables.

El doctor vaciló ese instante, cuando Alda le conjuraba a que buscase un cuerpo en que encarnarla, y las consecuencias fueron fatales.

Hay que decirlo, aun cuando el lector *pierda la ilusión* por el héroe: Rafael Antiga era un filósofo, lo peor que se puede ser en este mundo.

La Naturaleza, que bien pudo darle una verruga o un lobanillo, tuvo a bien dotarle de una bien calibrada cavidad craneana, repleta de sesos de calidad, y ahí estuvo el mal.

De otra suerte, el doctor habría poseído una noción exacta de la existencia; habría sido un

hombre práctico; habría esquivado las relaciones con Andrés—el desequilibrado más genial que se haya visto en México—y Alda no estaría donde estaba, ocupándole, sin pagar renta, la mitad del cerebro.

Pero Dios ordenó las cosas de distinto modo, y Rafael, que pudo ser un hombre de provecho para la humanidad, abarrotero, *calicot*, prestamista, licenciado, empleado, clubman o algo por el estilo, desde muy temprano se engolfó en los libros, se vistió de teorías, viajó por *Utopía*, y cuando estaba al borde del abismo, Andrés le hundió en él, como Miguel a Satán.

Andrés y Rafael fueron condiscípulos. Como eran los únicos cerebros *destorrentados* en la Escuela, se comprendieron luego.

Andrés era pobre y Rafael era rico.

Andrés era poeta y Rafael era filósofo.

Andrés era rubio y Rafael era moreno.

¿Sorprenderá a alguien que se hayan amado?

Sin Rafael, Andrés se hubiera quedado por algún tiempo en la sombra; pero Rafael le hizo surgir a la luz. Le editó un libro que se intitulaba *El poema eterno*, y el cual fué traducido al francés, al inglés y al alemán, y se vendió en

todas partes y en todas partes fué conocido, menos en México, donde sirvió de hipódromo a las moscas en los escaparates de Bouret, de Budin y de Buxó—las tres *bes* de donde, como de tres pares de argollas, se ase la pobre esperanza de lucro de nuestros autores.

No contento con esto, Rafael editó un segundo libro de Andrés: *El reino interior*, novela simbolista que Beston publicó—*according to the Spanish edition*—estereotipada y en tomos muy feos, pero que circularon por todo el orbe.

Pronto Andrés escribió en español como escribe Armando Palacio Valdés: para dar pretexto a que lo tradujeran al inglés y al francés.

Los yanquis le pagaban a peso de oro—*American gold*—sus cuentos, sus novelas, sus artículos; y fué célebre sin que México, que estaba muy ocupado en las obras del Desagüe, se diese cuenta de ello.

Dice Bourget, tomándolo de no sé dónde, que por raro que sea un amor verdadero, es más rara aún una verdadera amistad.

La de Rafael y Andrés constituía una de estas rarezas.

Andrés vivía dedicado a la literatura y al ocul-

¡ismo—había nacido para el ocultismo como Huysmans, como Jules Bois—¿como Peladan? ¡No, como Peladan, no!—y diz que obtenía resultados maravillosos. En algo se había de distraer el pobre en esta gran casa de vecindad que se llama México.

Rafael vivía dedicado a la *filosofía de la Medicina* (?), a esperar un alma de mujer que no venía nunca—¡hasta que vino!—y a escribir en su diario períodos humorístico-pesimistas, salpicados de la consabida frase, parodia de la de Ricardo III en la derrota de Bosworth: *My Kingdom por a... soul* (Mi reino por un... alma).

¿No habían de comprenderse los dos?

Claro que sí.

Y se comprendieron.

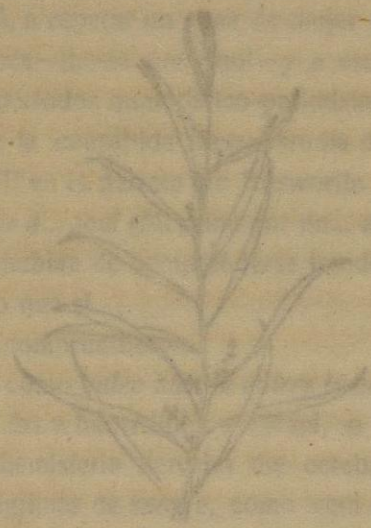
Mas, como *quien bien te quiere te hará llorar*, Andrés iba a hacer llorar a Rafael—o mejor dicho, al hemisferio derecho del cerebro de Rafael—lágrimas de sangre, como verá quien siga leyendo.

Hay regalos que no se hacen impunemente. No se puede jugar con el rayo; no se puede bromear con el milagro...

Alda era un tremendo obsequio,—*Aquella a*

quien jamás debe uno encontrar.—Más tremendo que el fin del mundo, imaginado por doña Corpus...

Y basta de digresión.



LUNA DE MIEL

No hay manera de expresar el contentamiento y deleite de los dos hemisferios del cerebro del doctor.

¡Se amaban! ¡Y de qué suerte! ¡Como a nadie que no sea Dios le ha sido dado amarse en toda la extensión de los tiempos y en toda la infinidad del Universo mundo!

¡El doctor era, en efecto, como un dios! Se amaba de amor a sí mismo. Con la placidez nipona con que Budha contempla su abdomen rotundo, así el doctor se contemplaba a pesar de no ser nipón.

Todo el Universo estaba dentro de él, estaba en su cerebro. Su cerebro era un huerto cerrado, donde Adán y Eva—Rafael y Alda—se besaban continuamente (perdonando ustedes este antro-

pomorfismo y otros en que ha incurrido y habrá de incurrir el autor).

¿Quién no es dichoso a raíz de matrimoniado?

¡Ah! ¡Los poetas no soñaron jamás una fusión más íntima de dos seres!

¡Ser un mismo cuerpo con dos almas! ¡Tener en sí a la amada, en sí poseerla! ¡Acariciarla, acariciándose!... Sonreirla, sonriéndose... glorificarla, glorificándose!...

Cierto, algunas veces, tales y cuales miserias fisiológicas ruborizaban al doctor por ministerio de su semicerebro.

—¡Qué pensará Alda de mí en estos momentos!—se decía.

Mas reflejaba, para su consuelo, que Alda también, en su primer vida mortal, habíase visto sujeta a tales miserias, triste patrimonio de la mezquindad humana; que aun ahora tomaba parte en ellas, y así el rubor se paliaba un poquillo.

Naturalmente, donde empezó el amante correspondido acabó el augur profesional. El doctor envió a paseo a las altezas serenísimas de apellidos *erizados de efes;* a las Teodorownas, Alejandrownas y demás *ownas* eslavas; anunció oficialmente que no curaba más—¿y cómo hubiera

podido curar si se había *comido* al oráculo? Alda, en su cerebro, ya no poseería, en adelante, más conocimientos que los en ese cerebro almacenados.—Y confinó su vida en las cuatro paredes de su estudio, mientras que la primavera traía para su idilio más hermosos escenarios.

La primer semana de aquel extraño connubio se pasó en conjugar el verbo amar, y no sólo mentalmente, sino que también con los labios.

Para esto, Alda y Rafael se alternaban en el uso de *su* boca.

—¡Te amo!—decía ésta movida por la mitad del cerebro que correspondía al doctor.

—¡Te adoro!—respondía la misma por orden y virtud del hemisferio izquierdo.

Y así, *ambos* podían escuchar la inflexión acariciadora de sus *propias* frases.

Los primeros días era tal la vehemencia de sus protestas, juramentos y promesas, que solían uno y otro *arrebatarse la palabra*, es decir, arrebatarse el órgano vocal que la emitía; pero después (¡ah!, ¡por muy breve tiempo!) los diálogos ueron más perfectos, más reposados, ganando en unción lo que perdían en ímpetu.

Cuando Alda hablaba, sabía extraer de aquella

garganta viril inflexiones musicales en que se revelaba la mujer; y era un encanto *oirse* entonces; sobre todo, porque las locuciones de que ella echaba mano eran aquellas de que el docto, hubiese echado mano en *su* caso; las que él puso en sueños tantas veces en los labios de una mujer adorada.

El español surgía flúido y acariciador, con todas las melodías de los diminutivos mexicanos, con toda la expresión de los superlativos, con toda la opulencia de los verbos; y si resistimos a copiar uno de esos eróticos parlamentos, uno de esos tiernos paliques, es porque siempre hemos creído que los diálogos pasionales no deben escribirse sino con notas en el pentagrama, para que los digan los violines y las violas, las flautas y los oboes divinos, las maderas y los latones, en medio de la sinfónica pompa de los grandes motivos orquestales. ¡Lo demás es un escarnio y una profanación!

Hay un proloquio ruso que dice—lo citaremos, ya que el doctor en Rusia vive:— «Llevar un gato en el corazón.» ¿No has llevado alguna vez *un gato* en el corazón, lector pío y discreto? ¿Algo que te araña sin piedad, día y noche, todas

las fibras delicadas de la más noble de las entrañas?

Pues haz de cuenta que el doctor—las dos personas que había en el doctor—llevaba en su corazón lo contrario de un gato.

—¿Un ratón?

—¡Ah!, ¡no! Algo muy hermoso... ¡Vamos: llevaba una ave del Paraíso, que podrá no ser lo contrario de un gato, pero que es una ave casi divina.

Lo único que lamentaba Rafael era que Alda no recordase nada de su vida terrestre, de su obscura y misteriosa adolescencia y de su retiro conventual, durante el cual pasó como un ensueño por la penumbra de sueño de los claustros. Tal fenómeno, muy explicable atendiendo a que la fantasía no es potencia del alma sino una facultad material que se queda en la tumba, impedía ciertas reminiscencias que hubieran dado una nota de tenue y simpática tristeza a aquel idilio *subjetivo*. Alda no podía recordar sino con la memoria del doctor; mas esto, que excluía el matiz melancólico de las reminiscencias de sor Teresa, excluía también los celos retrospectivos, que son los peores celos que pueden darse, y ¡váyase lo uno por lo otro!

DIVAGACIONES INTERPLANETARIAS

Pero si no recordaba ni su juventud ni su adolescencia en la tierra, sí podía discurrir acerca de sus frecuentes y largos viajes por el cielo, y oirla hablar de estas cosas era imponderable embeleso e indecible solaz.

Refería su viaje a los mundos de nuestro sistema solar:

A Marte, donde la atmósfera es sutil y purísima, donde la leve densidad permite a los seres que lo habitan el divino privilegio del vuelo; donde la vegetación es roja y los mares de un lila prodigioso; donde existen maravillosas obras de canalización para comunicar los océanos y llevar el agua, proveniente del deshielo de los polos, por todo el haz del planeta; donde la humanidad, más hermosa y perfecta que la nues-

tra, ha resuelto ya todos los problemas sociales y religiosos que aquí nos preocupan, y adora a Dios *en espíritu y en verdad.*

A Júpiter, donde la naturaleza apenas pasa por sus primeras crisis geológicas; donde los mares turbulentos, de que más tarde ha de surgir la vida, cuajan archipiélagos de algas que a poco desaparecen; y se encrespan y se agitan, furiosos de no hallar, para lamerlos con caricia infinita, ni los cantiles de una roca ni las arenas de una playa.

A Venus, donde es todo verde, un verde que abarca inmensa gama de matices; donde el hombre surge apenas, velludo y atleta, y labra el silex a la sombra de las grandes cavernas hospitalarias, y pelea sin descanso con los monstruos primordiales.

A Neptuno, donde la humanidad es aún más civilizada que en Marte; donde el hombre ama al hombre *como a sí mismo*, y Dios se manifiesta a sus criaturas por medio de signos de la más alta poesía y de la más sutil delicadeza.

A Saturno, donde el cuerpo, antes mortal, se ha simplificado y refinado hasta poderse contemplar, a través de sus carnes transparentes, el

fuego lejano y tembloroso de las estrellas; donde las moradas son de aire sólido de un suave tono de turquesa; donde los poetas y sus amadas vagan a la luz de innumerables lunas y de varios halos concéntricos, hechos de flúidos multicolores, y que ostentan todos los tonos del iris; donde la luz ultravioleta es un agente acumulado en todas partes y encadenado al servicio de la civilización.

A Selene, donde la humanidad, después de alcanzar el máximum del perfeccionamiento a que estaba destinada, se extinguió lenta y dulcemente, afocando en vano sus inmensos telescopios hacia la tierra para enviarle un saludo que la tierra—estremecida aún por gigantescas convulsiones plutónicas y ayuna de vida animada—, no podía, ¡ay!, recibir...

Refería también sus excursiones maravillosas a través de los soles, como a través de un joyero de indescriptibles piedras preciosas: A Andrómeda, donde una estrella rubia gira en rededor de una estrella de esmeralda, alrededor de la cual gira a su vez un sol azul, un sol de ensueño; al Cisne, donde Albires muestra el milagro de dos soles, amarillo el uno, azul obscuro

el otro; al Delfín, donde un sol color de topacio gira alrededor de un indefinible astro verde... Á las estrellas de Hércules, hacia donde va nuestro sistema planetario... en pos de un misterioso destino... A los soles blancos, que son la juventud del cosmos; a los soles amarillos, que son la madurez; a los soles rojos, que son la ancianidad... a las nebulosas, que son la esperanza...

Ya verán por lo dicho, aun los menos poetas de nuestros lectores, que los departimientos de Alda y el doctor eran de aquellos que absorben, que subyugan, que arrebatan, sin dejar un instante para acordarse de las tristes miserias de la tierra.

San Pablo abordó el séptimo cielo y, según afirma, *ni el ojo vió ni el oído oyó*, ni es capaz la mente de aquilatar lo que en él se contiene para futura recompensa del justo.

Alda, más feliz que San Pablo, había recorrido seiscientos planetas de cuarenta sistemas... había bañado su plumaje invisible en las luces cambiantes de Sirio y en los fulgores rojos del Aldebarán, había empolvado sus alas en el polvo de oro de la Vía láctea; había enviado un beso a cada una de las constelaciones geomé-

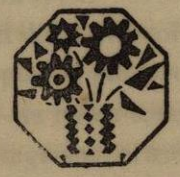
tricas que ruedan en el éter, arrancándole vibraciones de una música formidable y augusta.

Porque en el Universo todo canta. Nada se desplaza sin producir una vibración en ese flúido imponderable que invade el espacio; ni el grano de arena que resbala del montículo levantado por la hormiga, ni el sol que boga por la eterna línea de su órbita parabólica.

«Los cielos cantan la gloria de Jehovah»— dice el Salmista.

Y esa gran sinfonía de los mundos, ese gigantesco orfeón del infinito, Alda lo había oído. Sentíase saturada aún de su harmonía divina, y llenaba de ella el espíritu de Rafael...

Y Rafael enloquecía de ventura.



DESCENSUS AVERNI

Hasta la hora y punto en que el lector ha contemplado — tal vez con ojeriza y con envidia—el maravilloso idilio de Rafael, éste podía decir respecto de Alda lo que en el libro de la Sabiduría (VII, II) se dice:

Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa. (Todos los bienes me vinieron con ella.)

Riquezas, esto ya era algo.

Fama, esto era algo más.

Amor, esto ya era mucho.

Fe... ¡esto era todo!

En efecto, el doctor se volvía creyente.

En un tiempo — ¡qué médico no es un poco materialista! — se había complacido en decir y escribir como Ingersoll, el asendereado ateo yanqui, y en un estilo lleno de énfasis e indigesto de dogmatismo:

«El hombre es una máquina en la cual pone-

mos lo que llamamos alimento, y que produce lo que llamamos ideas. ¡Pensad en aquella maravillosa reacción química en virtud de la cual el pan fué trocado en la divina tragedia de Hamlet!» *(The Gods*, pág. 47.)

Mas ahora, Rafael creía en el alma individual, consciente, espiritual e inmortal — ¿cómo no creer en ella?—, y sólo pedía a Dios que aquel milagro que se había dignado operar en su cerebro no cesase hasta la muerte, y que el amor que glorificaba su vida, como la lámpara de Pritaneo, nunca jamás hubiese de extinguirse.

Empero no fué así.

Las lunas de miel, por más que sean tan excepcionales como la de *nuestro héroe* (clisé que todos los novelistas usan para designar al personaje principal de sus novelas), tienen su cuarto menguante y su conjunción.

Las del doctor los tuvo, por tanto, y muy en breve.

Las diferencias entre Alda y él surgieron a propósito de una nadería, como surgen todas las diferencias en el seno del matrimonio, que, al decir de Byron, procede del amor, como el vinagre del vino.

Alda, según Rafael, no le dejaba *meter baza*. Cuando reclamaba la boca, la única boca que ambos poseían, solía dar tan buena cuenta de ella, que tres horas después aún hacía uso de la palabra. Como tenía tanto que contar, el trabajo, era que empezara...

Cierto, sus conversaciones eran siempre cautivadoras, capaces de suspender de sus labios al auditorio más esquivo; pero, a la larga, el propio Mirabeau y el propio Gambetta fatigan.

Por otra parte, el doctor era filósofo, y, como todos los filósofos, gustaba de ser oído, necesitaba *público*; y Alda era un *público* impaciente, que no aguardaba sino la más ligera pausa para convertirse en orador.

En un Parlamento habría sido inapreciable.

Al principio Rafael, por galantería, le cedió la palabra cuantas veces quiso; mas después fué preciso llegar a un convenio, dividiéndose por mitad las horas en que podían hablar. Empero, Alda fué la primera en romper el convenio, y la *entente*, cordialísima hasta entonces entre ambos, se agrió sobremanera.

Por otra parte, Alda era absorbente y caprichosa en todo: ¡mujer al fin!

Cuando el hemisferio derecho quería dormir, el hemisferio izquierdo se empeñaba en leer. ¡Y qué lecturas! Novelas fantásticas, como las de Hoffmann, de Poe y de Villiers; ¡nunca libros científicos!

No sé si he dicho que el doctor odiaba el piano. Pues bien: a Alda se le ocurrió estudiar el piano. Gustaba de envolverse en melodías como todas las almas femeninas verdaderamente superiores.

Pronto intervino hasta en los vicios de Rafael; odiaba el cigarrillo que, según lo que sabía—y esto lo sabía por el mismo cerebro en que *operaba*—, traía consigo la amnesia.

Ahora bien, Rafael amaba apasionadamente el cigarrillo.

Las golosinas la seducían, y el doctor odiaba las golosinas.

En resumen, aquellos espirituales *gemelos de Siam* acabaron por hacerse la vida insoportable.

Esto no impedía que, a las veces, recordasen sus primeras horas de amor, y como *en el fondo* tal amor ardía aún, se besasen con delirio.

Mas, tras el beso, venía el mordisco; es decir, el doctor se mordía los labios...

¡Aquello no podía continuar de tal suerte!

—Bien dije yo que una alma era el regalo del elefante — afirmaba el desdichado Rafael —. ¡Quién me puso vendas en el entendimiento para aceptar el obsequio, Dios mío! ¡Ah! ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Qué inmenso mal me has hecho!... Yo vivía tranquilo con las sopas de sesos de doña Corpus, y mis filosofías, y mis visitas... ¿Por qué se te ocurrió ser agradecido? ¡Así te lleven todos los diablos, poeta desequilibrado... romanista, esteta, simbolista, ocultista, neomístico o lo que seas!...

Pero Andrés no podía oir aquellos reproches. Perdido en Padua, la ciudad más melancólica de Italia, entre viejos libros y almas amigas, el poeta pasaba sus días labrando rimas misteriosas que le inspiraban sus espíritus circunstantes.

¡Acaso ni se acordaba del amigo de la infancia, ni de la donación, origen primero de tantas embriagueces y a la postre de tantas desdichas!

¿Y doña Corpus?

¡Ah! la *apocalíptica* doña Corpus nunca como entonces deseando el Juicio Final.

¿Pues no se le había vuelto loco de remate ese *lurio* del doctor? ¡Cuando ni consultaba ya!

Pasábase todo el día de Dios encerrado *bajo siete llaves* en el consultorio, hablando solo, gesticulando y midiendo la pieza a grandes zancadas. A veces su rostro parecía el de un ángel, según la expresión celeste que en él se advertía.—Doña Corpus advertía esta expresión celeste a través del agujero de la llave.—Pero, a veces, parecía rostro de demonio pisoteado por San Miguel...

¡Los masones de México tenían la culpa de todo! El doctor acabaría en San Hipólito.

Valía más que se acabara el mundo...

EL DIVORCIO SE IMPONE

Cierto: con un poco de dominio sobre sí mismos, Alda y Rafael habrían llegado a la paz matrimonial, a esa paz que viene por sus propios pasos algún día, cuando ambas *potencias beligerantes* se fatigan de la tragedia y optan por la salvadora monotonía de una unión sin amor, pero también sin crisis, viendo en adelante pasar la vida *como la vaca mira pasar el tren.*

Mas el doctor y Alda se amaban a pesar de todo, y el amor no es acaso más que una encantadora forma del odio entre los sexos, de ese odio secular que nació con el hombre y que continuará *in aeternum.*

¡Oh, sí, los sexos se odian! El beso no es más que una variación de la mordida. El amor, en sus impulsos, tiene ferocidades inauditas. Los

abrazos fervorosos de un amante sofocan... como los de un oso. ¿No habéis visto alguna vez a una madre joven besar a su hijo hasta hacerle llorar, besarle con furia, casi con ira, causarle daño? Pues lo propio haría con su amado si tuviese vigor para ello.

Y hasta las locuciones peculiares del amor son feroces: entra por mucho en ellas el instinto de la antropofagia que la cultura no ha podido aniquilar en la humanidad: «*Te comería* a besos.» «Se la *comía* con los ojos».... se dice frecuentemente, como si la asimilación digestiva fuera la forma por excelencia de la fusión entre los enamorados...

Así pues, Alda, que, por alma que la supongamos, llevaba todavía en sí muchos de los instintos femeninos, y Rafael, que, aunque enfermo de la voluntad, era viril, se odiaban amándose y se amaban odiándose.

Los diálogos agresivos se multiplicaban, y aunque las reconciliaciones eran tanto más hermosas cuanto los disgustos eran más fuertes, éstos iban dejando en ambos espíritus un sedimento de amargura, un resabio profundo de tristeza.

Fuerza era llegar a la conclusión deplorable a que llega la mayoría de los matrimonios modernos, cuando no están de por medio los hijos, y a veces aun cuando éstos estén de por medio: ¡al divorcio!, enfermería legal de las incompatibilidades de carácter.

En la *conciencia* de Alda y del doctor estaba que era éste el solo remedio de su cuita, y si Rafael no se atrevía a abordar la cuestión, Alda la abordó con la resolución que, en los casos difíciles, caracteriza a las mujeres:

—Es triste...—respondió el doctor.

—Triste, pero necesario.

—¿Y cómo realizarlo?

Ahí estaba el busilis: ¿cómo realizarlo?

Una noche, después de arduo debate a propósito de lecturas, en que el doctor veía con pasmo que Alda echaba mano de sus propios conocimientos para redargüirle sin misericordia, con movimiento súbito, aquél echó mano de un pequeño revólver que abría su obscura boca sobre el escritorio, puesto allí más en calidad de *bibelot* que de arma, y llevándoselo a la sien derecha exclamó:

—¡Este es el solo medio de divorciarnos!

Pero Alda respondió tranquilamente:

—¡Te engañas! Yo te seguiría *por toda* la eternidad. Iríamos siempre unidos como Paolo y Francesca...

—Entonces...

—Por otra parte, tú no tienes derecho de matarte.

—¡Cómo que no lo tengo!

—Es claro: yo poseo la mitad de tu cerebro y esa mitad no quiere morir.

—¿Pero a qué título la posees?

—¡A título de conquista! ¿No es este el mejor título de posesión ahora? Pues pregúntalo a Inglaterra y a los Estados Unidos. Si pudieras suicidarte a medias, ya sería otra cosa...

—Es imposible.

—Provócate una hemiplegia.

—¡Alda!

—Mira, hay otro medio: que yo encarne en una mujer. Mas para eso necesitamos a un hombre: a Andrés. Es el único que podría operar el milagro.

El ánimo del doctor se había calmado, y repuso:

—Dices bien. Así aun es posible que seamos

felices, tú con tu cuerpo, yo con el mío, y que nos amemos sin nubes... porque después de todo ¡yo te amo! Eres acaso la sola a quien puedo amar... *Semipersonalizada* en mí, acabaría por odiarte a muerte; ¡encarnada en una forma femenina te adoraría con adoración infinita!

—Por mi parte, tornaría a pertenecerte como antes, estaría sujeta a tu mandato; sería de nuevo tu augur y viajaría de nuevo por el infinito; más todavía: como mi cuerpo formaría con mi espíritu una persona *civil* y no *canónica*, mi cuerpo te pertenecería lo mismo que mi alma.

—Busquemos, pues, al *Donador*.

—Busquémosle.

—¿Sabes su paradero?

—Antes de que yo encarnase en tu cerebro estaba en Padua.

—Partamos, entonces.

Y aquella noche doña Corpus recibió la orden de prevenir las maletas.

EN CAMINO

NUNCA como a su salida de Rusia pudo el doctor comprobar el grado de popularidad a que había llegado en Europa.

Todos los periódicos, *sin distinción de matices*, los mismos que a su llegada le dijeron: *Dobropojalowat!* es decir ¡bien venido! (la expresión más genuina de la hospitalidad eslava), al saber su partida, con afectuosa efusión le desearon un *Schiasliwago pouti!* esto es: ¡buen viaje!

El doctor se vió obligado a responder por medio de un diario: *Spassibo za wasché gosteprumst wo!* («Gracias por vuestra hospitalidad»), y aun añadir, ya en la estación adonde muchos personajes y muchas damas de apellidos con la desinencia *ovna*, agradecidos a su saber, le acompañaron: *Da zdrawstwouiete Rossia.* ¡Que viva Rusia!

(Suplicamos al lector que no intente pronunciar estas frases. Perderían mucho de su encantadora expresión.)

De Rusia a Italia no hubo novedad. Apenas llegado a Padua, Rafael corrió en busca de Andrés; pero Andrés había salido la antevíspera para Alejandría.

Sin piedad para los usados miembros de doña Corpus, el doctor salió para Alejandría; mas allí averiguó que Andrés había salido la víspera para el Cairo.

Sin tardanza partió para el Cairo, llegó, y supo que Andrés había salido el mismo día para Tierra Santa.

Según se supo después, el poeta iba a buscar en Jerusalén al sumo sacerdote Josefo, descendiente de Melchisedec, para consultar con él algo relativo a Kabbala.

Excusado es decir que el doctor salió para Tierra Santa, esta vez con gran contentamiento de doña Corpus, que se proponía pedir a Cristo, ante su propio sepulcro, la llegada del Juicio final.

En Jerusalén, por fin, el poeta y el médico se encontraron.

Se encontraron en un convento de franciscanos, edificado en el huerto de los Olivos, donde el poeta había hallado fraternal hospitalidad.

—¡Rafael!

—¡Andrés!

Andrés era *casi* el mismo. Poned en su rostro la expresión de fatiga de cuatro años más de ensueño y contemplaréis su *vera effigies*.

Después de la primera exclamación, el hemisferio derecho del cerebro del doctor—previo convenio con el izquierdo—dijo:

—¡Soy muy desgraciado!

—¡Lo sé todo!—le interrumpió Andrés.

—¡Lo sabes todo!... ¿y cómo?

—¿Te olvidas de que Alda no es la sola alma que he poseído?...

—¡Donoso regalo me has hecho!

—¡Um! ¡La culpa de todo es tuya, amigo mío!

—¡Mía!

—Es claro. ¡Si no hubieses retenido a Alda durante veinticuatro horas en tu consultorio!

—Es cierto... ¡pero he purgado bien esa culpa! ¡Si supieras! ¡ah! ¡si supieras!

—¡Te repito que lo sé todo!

—Bueno—y el doctor empezó a exaltarse—;

¡pues si lo sabes todo, debes saber también que estoy desesperado! ¡que ya no puedo más! ¡que es preciso que me arranques del cerebro este *cuerpo extraño*, digo, esta alma intrusa, si no quieres que me mate!

Andrés sonrió con sonrisa enigmática.

—No seas impaciente—dijo.

—¡Impaciente!... ¿Y te parece poco entonces lo que sufro? ¿Te parece una friolera esta existencia excepcional que llevo?... ¿Te parece...

—Cálmate y escucha: yo en tu lugar no me quejaría de mi suerte. Has realizado el maridaje más perfecto. Posees a tu amada en ti mismo. Ninguno antes que tú ha disfrutado de este privilegio; ninguno disfrutará de él después... Lo excepcional de tu vida constituye la belleza de tu vida... No obstante, ¿quieres que te desligue de Alda? Es posible que me sea dado hacerlo, mas no lo haré sin que reflexiones un poco. Mi deber es en este caso el del juez que procura conciliar a los matrimonios mal avenidos antes de pronunciar un fallo de divorcio. Piénsalo bien, Rafael. El connubio que hay en tu cerebro es inapreciable, te convierte en un Dios... ¿Aun así, insistes?

—Insisto.

—Bueno, y ¿qué pretendes que haga yo de Alda?

—Que la encarnes en una mujer, joven y hermosa. No me disgustaría una judía—añadió con cierta timidez el doctor.

¡No lo hubiera dicho!

Alda intervino, contraviniendo a su pacto de silencio:

—No, eso nunca. ¡Me *chocan* las judías! Son de la raza que crucificó a Cristo.

—Es cierto—afirmó Andrés—pero muy hermosas: ¿dónde hallar, fuera de su tipo, esa línea ideal de la nariz, esos maravillosos ojos garzos dignos del madrigal de Gutierre de Cetina?

—¡Yo prefiero a una francesa! Recuerda que fuí de raza latina. ¡Oh! el *chic* de las francesas...

—¡Basta!—interrumpió Andrés con cierto tono autoritario—. No discutamos estéticas. Antes de proceder al *avatar* que se me pide, es preciso que os haga algunas observaciones de suma importancia. —Oye tú, Alda; oye tú, Rafael.

MÚSICA CELESTIAL

Si ha de creerse a la antigua tradición de los hebreos (o Kabbala) (1)—empezó Andrés—, existe una palabra sagrada, que da, al mortal que descubre la verdadera pronunciación de ella, la clave de todas las ciencias divinas y humanas.

»Tal palabra, que los israelitas no pronunciaban jamás y que el gran sacerdote decía una vez al año en medio de los gritos del pueblo profano, es la que se encuentra al fin de todas las iniciaciones, la que irradia en el centro del triángulo flamígero; es, por último:

vocablo que, como se ve, consta de cuatro letras hebraicas.

(1) Hermetismo puro, *ad pedem litterœ*.

»Este nombre sirve, en el *Sepher Bereschit* o Génesis de Moisés, para designar a la Divinidad, y su construcción gramatical es tal, que recuerda los atributos que los hombres se han complacido en dar a Dios.

»Cada letra del alfabeto hebreo representa un número; ahora bien:

iod = I = 10
hé = E = 5
vo — V = 6

»Palabra completa IEVE.

»*Iod* (I) representa, pues, 10; o lo que es lo mismo, el principio activo por excelencia. El *Yo* = 10.

»*Hé* (E) representa el principio pasivo por excelencia. El *no Yo* = 5.

»La *vo* (V) el término medio, el lazo que une lo activo a lo pasivo. La relación del *Yo* con el *no Yo* = 6.

»El Bracmán—siguió Andrés—, según expone un sabio orientalista, explica prolijamente las tres presencias de Dios, al paso que el nombre de Jehová las expresa en una sola palabra, que encierra los tres tiempos del verbo *ser* unidos

mediante una combinación sublime: *havah*, fué; *hovah*, siendo, o es; y *je*, que cuando está delante de las tres letras radicales de un verbo indica el futuro en hebreo: *será*.

—Me estás hablando en griego, Andrés.

—Te estoy hablando en hebreo, Rafael.

—No te entiendo, Andrés (juzgamos que el lector tampoco).

—Es muy fácil, Rafael; pero en resumen, para que yo opere el prodigio, es necesario que pronuncie correctamente la sagrada palabra que te he citado. Merced a ella encadené el alma de sor Teresa, una pobre niña a quien conocí pidiendo limosna en las calles de México, y que por ministerio mío, obtuvo su entrada al convento donde me convenía que viviese custodiada. Merced a ella he encadenado más de diez almas, que son mis compañeras, mis hermanas, mis mentoras...

—¿Y esa palabra, Andrés?—preguntó el doctor con angustia.

—Andrés, ¿y esa palabra?—interrogó Alda con curiosidad.

—Esa palabra... He olvidado cómo se pronuncia.

CONTINÚA LA MÚSICA CELESTIAL

No os desesperéis—dijo Andrés cuando vió el efecto de su respuesta en el rostro del doctor—. Si yo he olvidado la pronunciación de ese vocablo mágico, el israelita Josefo, descendiente de Melchisedec—que según afirman no los tuvo—, la recordará; si Melchisedec *Junior* (?) no la recuerda, me la darán *mis almas*, las buenas hermanas que van conmigo por dondequiera, y si mis almas no la saben me la dirán mis libros. ¡Ea! aguarden ustedes una miaja y no desesperen. Tengo de hallar lo que buscamos.

Andrés se dirigió al cubo de piedra encalada, donde habitaba el sumo sacerdote.

Éste, interrogado por el poeta, permaneció mudo por algunos instantes, y como perplejo.

Después, queriendo sin duda deslumbrar al visitante con su erudición oriental:

—Hijo mío—dijo—, yo sé todas las ciencias divinas y humanas. He leído y meditado todos los libros santos del Oriente. Los de China, que son: el *Y-King*, libro de los Kuas de Fohi; el *Chi-King*, libro de los himnos; el *Chu-King*, libro de la Historia; el *Ly-Ky*, libro de los Ritos; el *Chun-Tsieu*, o historia de los doce principados, por Confuncio; el *S S E-Chu*, o sean los cuatro libros morales de Confucio y de Mencio; el *Tao-Te-King*, libro de la razón, y el *Kaning-Pién*, o libro de las recompensas y de las penas. He leído los libros sagrados de Persia: el *Zend-Avesta* y el *Boun-Dehechs;* los libros sagrados de la India, o sean los Vedas: el *Rigveda*, libro de la ciencia de los himnos, o Elogios de los Dioses, que se compone de unos diez mil dísticos; el *Yadjurveda*, libro de la ciencia de las ofrendas, que se compone de 86 capítulos en prosa, sobre el ritual de los sacrificios; el *Samaveda*, libro de la ciencia de las plegarias líricas, el más sagrado de todos, y que tiene los himnos que se cantan, esto es, los salmos de los indios; la *Atharvaveda*, o el libro de la ciencia del Sacer-

dote, que contiene 700 himnos; los *Upanishads* o teología de los vedas, y las *Leyes de Manú*. Yo he leído el código del mahometismo, o *El Corán* y he penetrado todos los misterios de la *Biblia:* ¿cómo no había de saber pronunciar esa palabra? Deja que me ponga mis vestiduras sacerdotales, que el racional arda con toda la divina igniscencia de sus gemas en mi pecho, y te la diré.

Pocos minutos después el poeta oía de los labios del levita, por tres veces, el vocablo prestigioso.

—Con él podrás desatar—añadió—esas nupcias atormentadoras de dos espíritus, de que me hablas, esas nupcias a las que el pálido Asthophet, el de las tenebrosas alas, del antiguo Egipto, parece haber presidido. Mas es preciso que antes de formularla busques un cuerpo femenino para Alda; ¡de otra suerte, la lanzarás sin misericordia a la eternidad!...

—¡Pero es imposible encontrar un cuerpo de mujer sin alma, padre mío!

—No lo creas; y de todas suertes, hay algunos que tienen el alma tan dosificada, que no les estorbaría una nueva. Busca, busca, y si no en-

cuentras vuelve a mí. Acaso un espíritu tan poderoso como Alda podría formarse un cuerpo por sí sola, un cuerpo sutil como habrán de ser los glorificados en el último día, un cuerpo semejante a aquellos que condensaron para hacerse visibles los tres ángeles que vió Abraham, el ángel que luchó con Jacob, el Arcángel Gabriel y el Arcángel Rafael, echando mano de los elementos orgánicos que atesora la naturaleza.

EL AVATAR

Andrés tornó hacia Alda y Rafael a referirles su conversación con Josefo y los tres pusiéronse a discurrir.

—He dicho que quiero el cuerpo de una francesa—exclamó Alda.

—Pero ¿dónde hallar ese cuerpo?—preguntó Rafael—. Sería preciso tornar a París; y la verdad, en estas condiciones de dualidad, ¡yo no hago el viaje! La separación se impone. Cuanto antes mejor. ¡Soy muy desgraciado!

—El problema es difícil—observó Andrés.

—¡Tan difícil!

—¡Oh, tan difícil!

En aquellos momentos entró en la estancia doña Corpus, que iba en busca del doctor.

Andrés la miró un momento, y dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Eureka!

—¿Qué es eso de Eureka?—dijo Rafael.

—Ya tenemos sujeto.

—¿Quién?

—¡Doña Corpus!

—¡Pero eso es absurdo!

—¿Y por qué? Te imaginas que un alma como Alda no sería capaz de letificar, vitalizar y transformar este pobre cuerpo claudicante?

—¡No!—prorrumpió Alda—. ¡Eso jamás!

—¿Pero tú estás seguro de que mi ama de llaves se transformaría?—preguntó el doctor.

—Como si tomase el agua de la fuente de Juvencio; ¿por qué no?

—Eso es mentira—dijo Alda.

—¡Basta! — ordenó Andrés dirigiéndose a ella—. Tú calla y obedece.

—Y tú, Rafael, explícale a doña Corpus lo necesario para que entienda. La pobre nos mira con un asombro digno de mejor cara.

—Es que no estoy de acuerdo... Yo había soñado otra cosa.

—Ahora no se trata de sueños; se trata simplemente de resolver una situación harto anormal. Encarnemos a Alda; después no faltará qué

hacer... Vamos, dale una explicación a doña Corpus.

—Doña Corpus—empezó Rafael—, ha de saber usted que, por causas difíciles de analizar, yo tengo dos almas en el cuerpo: ¿quiere usted que le pase una al costo?

—¡Pero usted está loco!

—¡O a punto de estarlo, si usted no acepta!

—No entiendo.

—¿Y qué me importa que no entienda usted? Acepte y en paz.

—Niño, la verdad, yo no creía que se burlara de esta pobre vieja... Valía más que se acabara el mundo.

—Mire usted, el mundo se acabará cuando le dé la gana; pero a mí ya se me acabó la paciencia. ¿Acepta usted o no?

—Pero, niño de mi corazón, si yo tengo mi alma propia, ¿para qué quiero más?

—Lo que abunda no daña—murmuró Andrés.

—¿Pero está usted segura de que tiene alma, doña Corpus?—cuestionó Rafael.

—¡Qué! ¿Cree usted que yo no soy hija de Dios y heredera de su gloria?

—Pues no la tiene usted.

—¡Cómo que no la tengo!

—Mira, Rafael—interrumpió Andrés—, estas discusiones no conducen a nada. Doña Corpus—añadió encarándose con la anciana—, el doctor está en grave peligro de condenación eterna si usted no acepta. Si es usted cristiana debe salvarlo: ¿quiere usted? Le advierto que su condescendencia pudiera traerle hasta... ¡la juventud!

Ante aquel argumento doña Corpus vaciló:

—¿Pero no me pasará nada?

—Nada, se lo garantizamos a usted.

—Hagan, pues, de mí lo que gusten.

Andrés no aguardó más; tendió hacia ella sus manos cargadas de flúido, y la pobre vieja cayó en sueño hipnótico. Entonces, con toda la solemnidad del caso, el poeta pronunció el tremendo vocablo, ordenando mentalmente a Alda el avatar que deseaba.

El doctor exhaló un grito y cayó cuan largo era sobre el pavimento. Doña Corpus respondió a ese grito con un gemido, e instantes después, el primero tornó a una vida normal y poderosa; la segunda... la segunda se desplomó pesadamente.

La prueba había sido demasiado ruda para sus cincuenta y tantos años.

Doña Corpus estaba muerta, muerta por exceso de alma, por *¡congestión espiritual!*

¡El mundo se había acabado para ella!

ALDA QUIERE IRSE

Habéis visto el espanto y la indecisión de un canario, súbitamente libre de su jaula, que describe en su torpe vuelo espirales inciertas, que choca contra los muros de la casa, que asciende y desciende piando tristemente, que no acierta a huir hacia el rectángulo de cielo azul que encuadra el patio, que se siente ebrio de oxígeno y de sol y bate con fiebre sus alitas ocres, fingiendo un copo de oro que revolotea en la atmósfera?

Pues algo semejante hacía la mísera alma desligada de nuevo de la carne y presa, sin embargo, por el flúido imperioso de Andrés. Daba tumbos en el espacio; solicitada por ignota aspiración tendía el vuelo al infinito, y cuando empezaba a cobrar ímpetu, la voluntad del joven mago la retenía fuera del ciclo a que ella tendía anhelosa, como el niño retiene por medio de un hilo el glóbulo inflado de hidrógeno que se eleva rápidamente en el aire.

—Déjame, déjame que parta—decía la mísera a la mente de Andrés—; Dios no quiere ya sin duda que continúe mi peregrinación por este mundo. Déjame que parta — repetía a la mente de Rafael—, ya ves que no hemos podido ser felices y que todo es vano... Presiento la divina hermosura de la Luz perenne y quiero ir a perderme en ella para siempre...

Mas el doctor, que segregado de Alda tornaba a amarla, precisamente porque ya no la poseía, porque podía escapársele, porque era *otra*, distinta de él, unía su voluntad a la del poeta para decirle:

—¡Quédate! ¡No, no te vayas!

—El mundo es triste.

—Yo haré de él para nuestro amor un vaso de deleites, una copa radiante para tus labios.

—No, no lo harás... ¡No tienes poder para tanto!

—Alda, necesito un ideal para mi vida; yo estoy hecho de tal suerte, que no puedo vivir sin un ideal... Mi existencia sin un fin, sin un afecto, bogaría con la dolorosa indecisión de un pájaro ciego, de una nave desgobernada... ¡sin ti no me queda más que mi mal!

Andrés intervino de nuevo.

—Haz de tu mal un fin—dijo filosóficamente—. Epicteto afirma que en nuestro poder está aceptar el mal como un bien, o más aún, recibir con indiferencia todos los males.

Pero Rafael no estaba entonces para filosofías.

—¡Quédate! ¡no te vayas!—repetía melancólicamente, con la maquinal y monótona inflexión de un niño caprichoso que pide un juguete—. ¡Cómo decías que me amabas!

—¡Es cierto, te amaba, te amo aún acaso! Mas ¿qué culpa tengo yo de que al revelárseme de nuevo todos los esplendores de lo alto, de tal suerte me deslumbren, y en tal modo me atraigan, y con fuerza tal me soliciten, que la sola idea de tornar a esa enferma vida y a esos incoloros afectos de la tierra me llene de angustia?

¡Ah, tú no sabes, tú no puedes comprender la delicia de abejear por el espacio sin límites, de ser una perenne libélula de esos grandes corimbos de flores pálidas que se llaman constelaciones; de escuchar el salmo de los mundos que ruedan, de fundirse en la crin fosforescente de los cometas, de visitar orbe tras orbe y hallar

con pasmo que la creación siempre comienza, que siempre estamos en el umbral del universo y que tenemos para recorrerlo la rapidez de la luz, la sutileza del éter y la tenuidad del perfume!... ¡Y quieres que torne a animar una pobre masa encefálica, a unirme a un cuerpo encadenado por la gravedad, enervado por 15.500 kilogramos de presión atmosférica, sujeto a la enfermedad, a la vejez y a la muerte!... ¡No! ¡no! ¡Déjame partir, errar, errar perpetuamente! Me impulsa el instinto de Ahasverus, Carthophilus, Isaac, Laquedem o como se llame: este instinto se apodera de todas las almas libres, como se apodera de todos los fulgores, de todos los sonidos, de todos los vientos... Dios le pone en ellas para que le busquen. Este instinto mitigado en la vida es lo que llamamos Ideal, Arte, Amor. ¡El ideal, el arte y el amor no son más que el *presentimiento del infinito!*—Este instinto es el que nos impide el reposo, la ventura, la ecuanimidad en la ergástula enorme del planeta... ¡Déjame que parta!

Pero el doctor no entendía de razones y murmuraba tristemente:

—¡No te vayas!

ADIÓS

Doña Corpus dormía ya su definitivo sueño bajo la tierra sagrada que humedeció la Sangre del Justo, y todavía aquel pobre espíritu femenino, como una mariposa loca, erraba por las capas inferiores de la atmósfera, sin libertad y sin destino, suplicando dulcemente:

—Dejadme partir.

Andrés recordó el consejo del Israelita y le sugirió:

—Mira, Alda, prueba a formarte un cuerpo; condensa nubes, encadena gases, selecciona todo aquello de que está compuesto el cuerpo humano: carbón, hidrógeno, oxígeno, ázoe, cloro, hierro, fosfato, sodio, potasio, calcio; o bien, vístete de una forma sutil como los ángeles que se dignaron aparecer ante los pastores...

—No puedo—respondió Alda—. Mi fuerza no alcanza a tanto... ¡Dejadme ir!

—¿Por qué no te unes—añadió Andrés—a esa turba de hermanos invisibles que me rodean cuando yo las desato de sus organismos?

—No puedo tampoco. Ellas aun tienen un cuerpo; una cárcel, yo no tengo nada, nada más que el vivo deseo de fundirme en la eterna luz.

—¡No, eso no! ¡no te irás!—insistió Rafael angustiado—. ¡Yo te amo, continúa a mi lado! ¡Yo te rendiré secreto y perenne culto... ¡Tú serás mi ángel custodio, mi alma bien amada! ¡Quédate! ¡quédate! Ahora te quiero más que nunca...

—Te he dicho ¡ay! que no, que no debo, y ahora te diré que ya es tarde, Rafael ¡demasiado tarde! Eres como todos los hombres: cuando poseen en sí a la ilusión, hija del cielo, la amargan con sus mezquindades y con sus egoísmos, la empequeñecen y la alejan, y cuando miran perderse a distancia sus alas de luz, la llaman y sollozan por ella! ¡Insensato! ¡Qué importaba sacrificar un poco de tu orgullo ante la inefable dicha de tenerme contigo, ante la fusión mirífica de tu espíritu y el mío... ¡Loco! Habías realizado el connubio sublime por excelencia y tú mismo has roto el conjuro. Tu idilio hubiera sido superior al de aquel libro revelado a Gautier. *Espírita* estaba en tu propio cerebro y la desdeñaste, y ahora se va... será preciso que el *Donador* consienta en que se vaya... El foco indeficiente de donde emana toda la vida la atrae; el infinito la aguarda... Ante los deliquios de amor que el *más allá* le ofrece ¿que valen tus cariños, pobre iluso? ¡Dejadme! ¡dejadme que parta!

Andrés, a quien aquel diálogo mental por él también entendido conmovía en extremo, dijo a Rafael:

—Tiene razón. Me repugna ejercer violencia sobre este pobre espíritu. Consiente en libertarlo.

—Pero ¿no ves que voy a quedarme solo, absolutamente solo, si se marcha?

—¡Ah! no—interrumpió Alda—, yo descenderé de vez en cuando a tu morada. Vendré por las mañanas, con las buenas auras olorosas, y por las tardes, con los oros postreros del ocaso. Me oirás en la brisa que pasa, me aspirarás en el perfume que flota, me contemplarás en los lampos del alba, me sentirás en el júbilo de tu espíritu consolado. Yo brillaré en la lágrima de gratitud del pobre a quien socorras, en la sonrisa del enfermo a quien alivies, en la mirada del

desventurado a quien alientes. Yo estaré presa en las redes armoniosas del verso que te conmueva, cantaré en el arrullo de las orquestas, temblaré en la garganta de los pájaros, lloraré en las vibraciones solemnes de la campana que reza el *Angelus*, reiré en los gorgoritos cristalinos de las fuentes, fulguraré en el verde joyante de las praderas, arderé en el fuego pálido de las estrellas y mi virtud será la que te diga en todos los trances amargos de la vida: «*Ora et spera!* ¡la redención está cercana! Trabaja y haz el bien; siembra gérmenes de amor, que mañana florecerán en la eternidad como grandes rosas»... No más me llamaré para ti Alda, mas habrás de llamarme *lumen*, pues que tu luz seré y como la luz estaré en todas las cosas. Y cuando te avecines al trance postrero yo vendré a tí para confortarte, yo te daré la mano para que salves ese tremendo abismo que separa la vida de la eternidad, y *como dos notas que forman un acorde*, como dos hebras de luz que forman un rayo, como dos colores que forman un tono, nos uniremos entonces para siempre en el infinito y juntos seguiremos la escala de perfección a que estamos destinados...

La luz se alejaba suavemente, las brisas llegaban saturadas del olor capitoso de las gomas de Judea y del perfume acre de las flores primiciales.

—Consiente, Rafael—suplicó Andrés.

Rafael callaba, cautivado a su pesar por aquel panteísmo insensato.

—Ennoblece tu amor con el martirio—añadió Andrés—. La vida es breve... La muerte habrá de redimirte de tu soledad y de tu angustia.

—Consiente, Rafael—repitió Alda.

Rafael hizo acopio de toda su energía y murmuró con voz ahogada:

—Sea, pues...

Luego estalló en sollozos.

—Alda—pronunció entonces Andrés—: Alda, yo te desligo y te liberto; vuela, aléjate hacia esa luz indeficiente que te aguarda, y ruega por nosotros los que quedamos en este valle de lágrimas: *in hoc lacrimarum valle.*

Alda suspiró:

—¡Gracias!

Sintió el doctor entre sus labios como la sombra de frescura, tenue y casta, de un beso de adiós: el fantasma de un beso...

Y el alma liberta, el noble espíritu manumiso, partió después como un ensueño que se aleja.

Andrés y Rafael quedaron inmóviles en la estancia.

Rafael sollozaba; meditaba Andrés.

Delante de ellos estaba el sol que se ponía.

Detrás de ellos, en los limbos indecisos del pasado, estaba el recuerdo...

POESIA TENEMOS

Cumplió Alda (llamada *Lumen* en su definitiva vida espiritual) la promesa hecha a su amado?

Juzgamos que sí, porque merced a la omnividencia, que es privilegio del autor, hallamos en una página del diario de Rafael, escrita en 1892, y después de un párrafo humorístico que entre otras cosas dice: «Torné a México tan rico como cualquiera de los Cuatrocientos de la Quinta avenida *(The four hundred of Fifth Avenue);* pero tan pobre de paz como antes. En Veracruz los aduaneros no me registraron el equipaje, y en el tren compré a un muchacho unas naranjas y no me dió la vuelta; esto me hizo comprender que me encontraba ya en mi país»; hallamos, digo, los siguientes versos, pensados sin duda

por Rafael, pero a los cuales debe haber dado forma literaria Andrés,—ya que el doctor no era muy hábil en achaques de versificación,—dedicados a la dulce ausente e intitulados:

TENUE

Un eco muy lejano,
un eco muy discreto,
un eco muy süave:
el fantasma de un eco...

Un suspiro muy triste,
un suspiro muy íntimo,
un suspiro muy blando:
la sombra de un suspiro...

Un perfume muy vago,
un perfume muy dulce,
un perfume muy leve:
el alma de un perfume...

Son los signos extraños que anuncian
la presencia inefable de *Lumen*.

¡Ay de mí si no advierto
el eco tan lejano,
el suspiro tan íntimo,
el perfume tan vago!...

Lumen vuelve a ser hebra de Luna
¡diluyéndose toda en un rayo!

Este es el cuento del DONADOR DE ALMAS, que he tenido el placer y la melancolía de contaros. Guardadlo en vuestro corazón, y plegue al cielo que cuando la Quimera llegue hasta vosotros, la acariciéis con humilde espíritu y en alta contemplación, a fin de que no se aleje y hayáis de amarla cuando parta...

¡Deo gratias feliciter, amen!

INDICE

	Páginas.
PASCUAL AGUILERA	11
Prólogo	13
Libro primero	17
Libro segundo	67
EL DONADOR DE ALMAS	125
Diario del doctor	129
La donación	135
El fin del mundo	143
El regalo del elefante	147
Alda llega	151
Los periódicos, etcétera	157
Sor Teresa	161
¿Y ahora...?	171
Yo y yo	177
Digresiones	183
Luna de miel	189
Divagaciones interplanetarias	195
Descensus Averni	201
El divorcio se impone	207
En camino	213
Música celestial	219
Continúa la música celestial	223
El Avatar	227
Alda quiere irse	233
Adiós	237
Poesía tenemos	243

ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXVII DE ABRIL
DEL AÑO
MCMXX

PQ7297.N5
027
V.6

CAP.
16436

AUTOR
NERVO, Amado
TITULO
Pascual Aguilera

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

PQ7297.N5
027
V.6

CAP.
16436

AUTOR
NERVO, Amado

TITULO
Pascual Aguilera

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L

CUATRO PESETAS